

**TRANSFORMACIÓN DEL SUJETO: ANALISIS EN
SCORPIO CITY DE MARIO MENDOZA**

ANGELA MARCELA BRICEÑO MÁRQUEZ

TRABAJO DE GRADO
Presentado como requisito para optar por el
Título de Profesional en Estudios Literarios

PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA
Facultad de Ciencias Sociales
Carrera de Estudios Literarios
Bogotá, 2016

PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
CARRERA DE ESTUDIOS LITERARIOS

RECTOR DE LA UNIVERSIDAD

Jorge Humberto Peláez Piedrahita, S.J.

DECANO ACADÉMICO

Germán Rodrigo Mejía Pavony

DIRECTOR DEL DEPARTAMENTO DE LITERATURA

Juan Cristóbal Castro Kerdel

DIRECTOR DE LA CARRERA DE ESTUDIOS LITERARIOS

Jaime Alejandro Rodríguez Ruiz

DIRECTOR DEL TRABAJO DE GRADO

Luis Carlos Henao de Brigard

Artículo 23 de la resolución N.º 13 de julio de 1946:

“La universidad no se hace responsable por los conceptos emitidos por sus alumnos en sus trabajos de tesis, sólo velará porque no se publique nada contrario al dogma y a la moral católica, y porque las tesis no contengan ataques o polémicas puramente personales, antes bien se vea en ellas el anhelo de buscar la verdad y la justicia”.

TABLA DE CONTENIDO

- AGRADECIMIENTOS	
- INTRODUCCIÓN	1
- CAPÍTULO 1: la ciudad.	4
- CAPÍTULO 2: la transformación.	14
- CAPÍTULO 3: la investigación.	21
- CAPÍTULO 4: la oscuridad.	33
- CAPÍTULO 5: desenlace.	44
- CONCLUSIONES	60
- BIBLIOGRAFÍA	65

AGRADECIMIENTOS

Este trabajo de grado representa un tiempo, nuevas vidas y corazones rotos. El tiempo, mis faltas y el amor de toda mi familia, me dieron la fuerza y las ganas de completarlo. Fueron muchas horas de angustia, rabia y dolor pero espero, a modo de alivio de muchos, les complazca saber que para mí también era necesario.

Le agradezco en lo más profundo de mi corazón a mi hijo, mis padres, hermanos, esposo y cuñado. Mi familia. Ellos nunca olvidaron el ser que quería ser, no olvidaron lo que podía ser y como dice mi papá, “abrieron mis ojos” al igual que Leonardo Sinisterra, al mundo de lo posible.

Introducción

El análisis de Scorpio City, novela urbana del bogotano Mario Mendoza, partirá de la relación que hay entre ciudad y habitante, lo que permitirá realizar un contraste entre el sujeto protagonista y el sujeto ciudad. Este análisis permitirá ver cómo la ciudad es un sujeto que permea al ciudadano, lo transforma y en nuestro caso, lo conduce a la muerte.

El lugar en el que transcurre la historia es la ciudad de Bogotá. Los personajes son habitantes que la transitan constantemente. Sus vidas están marcadas por hechos violentos y dudosas doctrinas. Estas circunstancias van alejando cada vez más a nuestro personaje de su propia realidad, de tal manera que su vida profesional y personal irá cambiando a medida que la investigación sobre los crímenes de las prostitutas se hace cada vez más confusa y espectral.

El centro de la ciudad, con su zona de tolerancia, constituyen el punto de partida de la búsqueda de un culpable, pero también el punto de partida que cambiará la visión de nuestro protagonista.

Lo que queremos demostrar es que dentro de los estudios literarios se ha hablado de un sujeto “humano” como protagonista de una historia, o un sujeto “inerte” que cumple la misma funcionalidad, pero es difícil encontrar análisis tanto literarios como filosóficos sobre seres que cumplen la función transformadora de un sujeto protagonista, que contiene características reales y que ayudan, en gran medida, a la transformación del ser humano, del sujeto literario.

La transformación que sufre el protagonista no se debe al transcurso de los años, sino a una situación dramática desatada por una serie de asesinatos de prostitutas en una ciudad

laberíntica y caótica. El detective Sinisterra es un habitante más, pero un habitante que observa detenidamente la ciudad. Una ciudad “sujeto” cuyo poder es omitido, pero que termina afectando a todos.

Para poder realizar este análisis, empezaremos con una lectura detallada de la obra *Scorpio city* de Mario Mendoza. Analizaremos el título y su influencia en la obra, encontraremos simbologías que nos ayuden a entrelazar nuestro análisis con la obra de este autor. Haremos lecturas complementarias sobre la ciudad en la literatura colombiana, incluiremos el concepto de ciudad, escorpión y entrelazaremos las definiciones, teorías y trabajos críticos como los de Luz Mery Giraldo en “Ciudades escritas”, “Las ciudades literarias” de Fernando Cruz Kronfly y haremos un análisis del discurso desde lo prohibido, apoyándonos en “el orden del discurso” de Michel Foucault.

La metodología será completamente de lectura, análisis y comparación. Empezaremos por concentrarnos en su principal personaje: la ciudad, que nos proporcionará una perspectiva necesaria para justificar el calificativo de novela urbana.

El trabajo está constituido por 4 capítulos en donde podremos analizar cada paso que marca el personaje en su transformación. En el primer capítulo analizaremos los primeros personajes y los acontecimientos relevantes para la sustentación. Conoceremos las características principales de los actores, la atmósfera en la que se encuentra narrada la novela y las intenciones previas que nos ayudará a fundamentar el trabajo.

Para el segundo capítulo, comenzaremos a vislumbrar los pasos que llevaron a nuestro protagonista al cambio. Las investigaciones, los hechos y las pasiones que lo llevan al cambio. En el recorrido hacia el tercer capítulo ya encontramos a nuestro detective en el

fondo de su transformación. De igual manera, las situaciones narradas y citadas nos ayudarán a entender de manera completa, su proceso, sus formas, sus ademanes, lo que finalmente veremos desenredado en el cuarto y último capítulo. Es el capítulo del renacer, de ver a nuestro sujeto completo, con sus cambios realizados y con la fuerza suficiente para concretar el poder de su vida. Así que empezaremos analizando a los personajes y la atmósfera donde convivirán.

1. Capítulo 1: la ciudad

En un país con el 97% de impunidad, una novela policiaca con final feliz es pura literatura fantástica. Aquí, en América Latina, el descenso al Hades no tiene retorno. (Mendoza, pág.147).

En pleno siglo XXI, la ciudad en general, y en particular la latinoamericana, muestra un grupo de características especiales que la diferencia de las grandes metrópolis de antaño. En ellas, reina el desorden, la multiplicidad de razas, acentos y grupos culturales, lo que las convierte en centros de transformación continua, en un caos normal. Para Manuel Delgado, en su obra *El animal público*, “la ciudad es una composición espacial definida por la alta densidad poblacional y el asentamiento de un amplio conjunto de construcciones estables, una colonia humana densa y heterogénea conformada esencialmente por extraños entre sí”¹.

En medio de estas ciudades encontramos las calles, que, aunque parecen estáticas, desarrollan a lo largo de los días tintes pintorescos: cambios en su estructura, sus vecinos, nuevas rutas, nuevos senderos, nuevos accesorios. Lo que para algunos parece totalmente normal, para los habitantes de países desarrollados representa un exceso de desorden y ocio, lo que nos convierte en habitantes de ciudades sucias, desordenadas y caóticas.

Enero 28: En el siglo XIX la ciudad arquetipo era París. En el siglo XX ha sido Nueva York. Ahora, a las puertas del tercer milenio, la ciudad tercermundista es el arquetipo: caos, violencia, cordones de miseria, vagabundos nómadas en busca de alimento, niños asesinos y asesinados, habitantes de las alcantarillas, multitud de dementes por las calles... Nosotros ya nunca seremos como París o Nueva York, sino al revés. Ellas, cada vez más, se parecerán a Bogotá, a Río de Janeiro o a Ciudad de México. Somos el futuro. He ahí nuestro difícil privilegio.²

¹Delgado, Manuel. *El animal público*. Barcelona: Anagrama, 1999, p. 23.

² Mendoza Zambrano, Mario. *Scorpio city*. Bogotá: Planeta, 2004, p. 165.

El espacio de la ciudad también es el espacio del hombre, sus límites, sus sueños, sus anhelos, sus viajes; es la atmósfera contenedora de sentidos, pero, así mismo, la ciudad es ella misma por lo que el hombre quiere que ella sea. Esa relación es el problema central del trabajo: la ciudad brinda un espacio donde el sujeto se desarrolla, vive, se educa, lleva una vida, delimita un progreso, un futuro. Bogotá contiene a este sujeto, lo maneja a medida que él tiene conciencia de su existir en ella.

Hasta ese momento, el habitante aún no es consciente de su posesión. Bogotá es aún un objeto inerte y sin movimiento, pero ella misma, con su transformación y apego, va a educar al sujeto, le va a brindar sus miles de posibilidades de existencia y de esta manera irá dejando huella, marcará un territorio que se llamará destino. “El destino como causa o como consecuencia; en tal sentido, lo primero apunta al sujeto y lo segundo apunta al espacio, de ahí el destino cumplido y la profecía determinante desde el pasado en el presente y para el futuro”.³

La música, la calle, la casa, el parque, el bar o el café, forman parte de los imaginarios tradicionales o transitorios de la ciudad; los inmigrantes, los transeúntes, los marginales y los arraigados en fin, sus diversos habitantes, permiten el punto de vista de los ciudadanos que viven su historia en ella o en sus márgenes, en su centro o en la periferia construyendo su memoria individual o colectiva y afirmando su territorio espacial o mental⁴. Para Luz Mary Giraldo, el tema de la ciudad pasó de ser un tema habitual en la narrativa de nuestro país para convertirse en centro de debate que es necesario analizar. La ciudad no solo ha

³ Mendoza Zambrano, Mario. “Mario Mendoza Zambrano o el Diario de un neonómada”. Cuadernos de literatura No. XI: 20. Facultad de Ciencias Sociales. Universidad Javeriana, Enero – junio, 2006, p. 141.

⁴ Giraldo, Luz Mary. Ciudades escritas. Bogotá: Convenio Andrés Bello, 2000, p. 14.

sido definida y presentada por los escritores colombianos, sino imaginada como "arcadia recuperada", como es el caso de algunos autores como Juan Manuel Roca desde su poesía:

La ciudad se vuelve nuestra a partir de un hecho recíproco: como el caracol que lleva auestas su propia casa, el hombre moderno lleva la ciudad en su adentro, el mapa que lo habita y lo recorre. Decir ciudad implica decir herida, decir *ghetto* o laberinto, pero también festejo.⁵

Para Cruz Kronfly, "la ciudad también se impone al pensamiento como una estructura cultural compuesta por normas, códigos y convenciones para su uso, sistemas de representaciones, lugar de utopías y miedos, riesgos y aventuras, encuentros y desencuentros, evocaciones y rupturas".⁶

En la novela actual colombiana, Bogotá se convirtió en un sujeto que hace parte del proceso del trabajo narrativo. Los escritores habitan sus calles y la hacen suyas, las caminan, las poetizan y las muestran como un espacio que nunca se había visto dentro de este objeto inerte y que estuvo escondido por mucho tiempo. Así mismo, la conciencia de ciudad activa, acompañante del sujeto habitante, deja que la relación humana se vaya entretejiendo entre el espacio habitado y el espacio existente hasta tal punto que esta relación se va haciendo cada vez más estrecha, convirtiéndose en una correlación de necesidades. "La ciudad, en este sentido, se opone al campo o a lo rural, ámbitos en que

⁵ Roca, Juan Manuel. "Las ciudades escritas". *Politeia*, 17: 49-59.

⁶ Cruz Kronfly, Fernando. "Las ciudades literarias". *Revista Universidad del Valle*. No. 14 Cali: agosto, 1996. Pág., 1.

tales rasgos no se dan. Lo urbano, en cambio, es otra cosa: un estilo de vida marcado por la proliferación de urdimbres relacionales deslocalizadas y precarias” (Delgado)⁷.

La ciudad sirvió y sirve como fuente de escritura para mostrar cambios sociales y culturales. A través de la misma, aprendemos y dejamos ver cómo cada paso, cada palabra, cada nueva imagen, redefine el esquema de la ciudad, si lo podemos llamar esquema ya que como bien sabemos, el desorden y el caos, caracterizan a muchas si no a todas nuestras capitales latinoamericanas:

La ciudad aparece como una densa red simbólica en permanente construcción y expansión. La ciudad, cada ciudad, se parece a sus creadores y éstos son hechos por la ciudad. No se diría con exactitud que somos ciudadanos del mundo, más bien somos ciudadanos de una ciudad que habita el mundo. Lo que hace diferente a una ciudad de otra no es tanto su capacidad arquitectónica, lo cual ha quedado rezagado luego de un modernismo unificador en avanzada crisis, más bien los símbolos que sobre ella construyen sus propios moradores. Y el símbolo cambia como cambian las fantasías que una colectividad despliega para hacer suya la urbanización de una ciudad.⁸

Los que creemos que la colectividad de la cultura ciudadana cambia a medida que su educación, su desarrollo y su entorno cambian, estamos convencidos que Bogotá es un ser dinámico que está en constante transformación arquitectónica para desarrollar y modernizar su ambiente, transformando al mismo tiempo la atmósfera del personaje. La ciudad también actualizará al ser que construye y se deja construir por ella, es una correlación, un grupo de nexos profundos “dependencia con que se alimentan recíprocamente, pues se hace evidente

⁷Delgado, Manuel. El animal público. Barcelona: Anagrama, 1999, p. 23.

⁸ Silva, Armando. Imaginarios urbanos. Bogotá y San Paulo: Cultura y comunicación urbana en América Latina. Colombia: Tercer Mundo, 1994.

que la realidad de una es una parte de la del otro y debe entenderse en ese conjunto que contiene lo privado y lo público”⁹.

Partiendo de este hecho, reflexionamos acerca de lo que implica vivir o habitar la ciudad; caminar por el centro de Bogotá y Chapinero nos ayuda a vislumbrar las diferentes formas y conjuntos culturales que se viven en los cafés, restaurantes, tiendas, moda, lenguas, etc., que para muchos se entiende como un atraso cultural, pero que en la literatura se convierte en un sinnúmero de formas y excusas para escribir y plantear nuevas formas de arte y cultura. Para algunos ciudadanos corrientes “chapados a la antigua” es difícil creer que estas mezclas ayudan al avance cultural: para ellos, conservar las viejas costumbres, manejar el mismo lenguaje aburrido y lento, es la forma de respetar los modales culturales dentro de la ciudad. “Algunas cuantas realidades y hechos reconocidos por la historia en una especie de visita o revisita al pasado o al espacio geográfico, un regreso a tiempos o escenarios reconocidos en los archivos y la historiografía”.¹⁰

También pensamos que la ciudad y el ser humano, el habitante, asumen una relación de dependencia. Antes, la ciudad era vista como un principio de la civilización, nuestros antepasados la consideraban una fuente de riqueza y a quienes vivían y/o visitaban la ciudad como pertenecientes a la alta sociedad, ya que eran dueños de una gran cantidad de tierras en el campo. La ciudad representaba la clase, la modernidad, el dinero, la educación;

⁹ Giraldo, Luz Mary. Ciudades escritas. Bogotá: Convenio Andrés Bello, 2000, p. 13–14.

¹⁰ Giraldo, Luz Mery. Ciudades escritas. Bogotá: Convenio Andrés Bello. 2000, p. 15.

ahora, la ciudad refleja su ser más allá de la simple “instalación física” y del “sujeto que la habita”, pues es “una estructura eminentemente cultural”¹¹.

La ciudad era fuente de escritura para viajeros, comerciantes e investigadores que acentuaban su gusto por las exquisiteces y excentricidades de las capitales, por sus grandes y majestuosos restaurantes, cafés y tiendas donde se conseguían objetos extraños, caros y modernos. Con el tiempo, esta visión no cambiaría mucho para los ciudadanos de la alta alcurnia, pero sí para aquel sujeto que, por los cambios abruptos de la economía mundial o por problemas sociales, llegaría a parar a la ciudad con sueños y esperanzas, con la idea de un mejor futuro. La realidad con la que el “neo ciudadano” se encontraba es diferente a aquella a la que él imaginaba; se encontraría una ciudad en discordancia y totalmente ajena al orden, a la tranquilidad y al progreso relatado por los escritores. Por eso, en la modernidad, la ciudad se ejemplifica más fácilmente con el término caos, desorden, tráfico, etc., a lo que Luz Mery Giraldo llama “representación del mundo ideal al mundo real y degradado”¹².

Es necesario recordar que la ciudad se ha concebido como el lugar ideal para vivir, espacio de perspectivas futuras y realizaciones socioculturales, escenario donde todos los caminos se cruzan, del cual surgen múltiples posibilidades vitales, sociales, culturales y existenciales.¹³

¹¹ Fernando Cruz Kronfly. “Las ciudades literarias”. Revista Universidad del Valle. No. 14 Cali: agosto, 1996. Pág., 5.

¹² Giraldo, Luz Mery. Ciudades escritas. Bogotá: Convenio Andrés Bello. 2000, p. 12.

¹³ Giraldo, Luz Mery. Ciudades escritas. Bogotá: Convenio Andrés Bello. 2000, p. 12.

Nos convertimos en amantes de la ciudad y ella misma puede rompernos el corazón en mil pedazos, también podemos convertirnos en sus asesinos, pero ella terminará por asesinarnos antes. Intentaremos huir pero nunca podremos alejarnos de la ciudad ya que ésta habita en nosotros mismos, como un parásito.¹⁴

Es necesario recordar que la ciudad se ha concebido como el lugar ideal para vivir, espacio de perspectivas futuras y realizaciones socioculturales, escenario donde todos los caminos se cruzan, del cual surgen múltiples posibilidades vitales, sociales, culturales y existenciales. Esa idea de ciudad surgida en Latinoamérica en momentos fundacionales y realizados en unas formas arquitectónicas y estructuras ideológicas, ha determinado una serie de modelos: París, Londres, Madrid, Nueva York, por ejemplo, representan diversas épocas y mentalidades que han hecho de ellas lugares mitificados, centros anhelados. Imágenes de bienestar y crecimiento cultural. El reverso de ellas o de la idea de ciudad como un ideal demuestra que ella devora, enferma, conduce a la perversión y al resquebrajamiento de valores.

Fernando Cruz Kronfly afirma: “la ciudad entonces ya no es, ya no podrá seguir siendo considerada solo como una simple “instalación física”, sino como lo que realmente es: una estructura eminentemente cultural”¹⁵. Lo que nos lleva a pensar en la posibilidad de considerar a la ciudad como un objeto que contiene al sujeto, y que antes se veía y se representaba como un apoyo quieto, seguro e inerte pero que con el tiempo y gracias a la narrativa, ha tomado las características propias de un ente capaz de sostener, habitar y transformar al ciudadano que habita en él y no solamente eso, también lo guía, lo desplaza y hasta es capaz de transformar su esencia en algo acorde al verdadero ciudadano moderno.

¹⁴ Giraldo, Luz Mary. Ciudades escritas. Convenio Andrés Bello: Bogotá, 2000, p. 17-18.

¹⁵ Fernando Cruz Kronfly. “Las ciudades literarias”. Revista Universidad del Valle. No. 14, Cali: agosto, 1996, p. 5.

Teniendo en cuenta esta reflexión de Cruz Kronfly, podemos decir que Bogotá, a pesar de ser un protagonista importante en el desarrollo económico y cultural, también hace parte de las ciudades que inspiran a los escritores y de paso, se convierte en un organismo que transforma a sus ciudadanos. Es un ente vivo que educa al habitante y le brinda un sinnúmero de posibilidades para su desarrollo personal e integral que lo podemos definir como “progreso” y eso es lo que precisamente marca la diferencia entre cada uno de los habitantes: sus formas de vida, su caminar, su educación y su actuar, los sitios que frecuenta, lo que come, la música que escucha, para cada uno de nosotros, habitantes de la ciudad, el progreso representara diferentes formas de vida.

La ciudad en Colombia ha sido abandonada. No solo su centro sino la ciudad entera. Sus habitantes han sido expulsados, Abandonada por su espacio público, la esencia de la ciudad se ha vuelto residual. Hemos sufrido la ciudad, no como antaño, a partir de las necesidades colectivas o simbólicas, sino a partir de la imposición de la rentabilidad, de la valorización en lucro. Es una anticuidad que se ha desarrollado olvidando que su espacialidad es la ciudad misma. Por el contrario, el espacio se convirtió en un vacío, en antilugar de la anticuidad.¹⁶

Para el detective Leonardo Sinisterra, el centro de la ciudad le brindaba calma. Podríamos llegar a pensar que el desorden y el caos de lo urbano, mantenía en cierta forma, la tranquilidad y estabilidad en su vida.

No sabía por qué, pero el viejo mercado informal y popular de San Victorino producía en su interior un efecto reconfortante. Tal vez fue la sensación de perderse en la multitud, el placer del anonimato en el centro de la muchedumbre. Tal vez.¹⁷

¹⁶ Salmona, Rogelio. Pensar la ciudad. Poética del espacio. Tercer mundo editores,1998, p. 122-123.

¹⁷ Mendoza, Mario. Scorpio city. Planeta, 2014,p. 12.

Aquí nos muestra la ciudad, y su centro como el caos. El desorden, el abandono, las basuras, la delincuencia es el perfecto escenario para lo criminal. En la novela, lo criminal se desencadena dentro del centro. Las calles están constantemente permeadas por todo tipo de violencia. Los ciudadanos que viven y conviven en este espacio, desarrollan una serie de actos cotidianos necesarios para su permanencia.

En la más reciente narrativa colombiana entran en juego la ciudad y el espacio urbano tejiendo y destejiendo los jirones de la realidad contemporánea, enfatizando en la decadencia y el vacío, en el estar entre el aquí y el ahora sin ley ni principio, sin nostalgia ni pesadumbre ante la ausencia del mito y la constatación de lo transitorio y lo fallido. Los bajos fondos adquieren nueva resonancia con sus manifestaciones alrededor del rock pesado y el sin sentido, generando un nuevo lenguaje y proyectando una visión de mundo que constata vivencias del momento y construcción de nuevos imaginarios de las ciudades, afines en todas las latitudes del planeta, pues representan lo entendido como demencial de las últimas generaciones. Estas contrastan con otras vivencias urbanas donde el espacio cerrado que define a la ciudad se concentre en el café, en el bar, en la cantina o en el prostíbulo, lugares propicios para la música de la nostalgia que encuentra su forma expresiva en el bolero, el tango o la ranchera.¹⁸

Scorpio City nos muestra a Bogotá como escenario de realización de la vida del detective Leonardo Sinisterra, que antes de dedicarse a buscar criminales, había dedicado su vida a los estudios de antropología. Él revelará el bajo mundo, un mundo que se irá develando a medida que transcurra la historia y nos detengamos en sus personajes, personajes oscuros que nos ayudarán a establecer y estructurar el desarrollo de este análisis. La indagación y la búsqueda a la solución de la serie de asesinatos que se van presentando en la obra y que pueden significar un destino nuevo, abre la posibilidad de cambio, de nuevos destinos y

¹⁸ Giraldo, Luz Mary. Narrativa colombiana: Búsqueda de un nuevo canon. CEJA: Bogotá, 2000, p. 130.

cambios de vida no solo para nuestro protagonista, sino para todos aquellos personajes que comparten este espacio en que su vida se transformará.

2. Capítulo 2: la transformación

Leonardo Sinisterra está, como ya lo habíamos dicho, buscando pistas que lo lleven a encontrar al asesino de las prostitutas y el por qué de estos hechos. Para ello, se mezcla dentro de la multitud del centro de Bogotá. Después de haber reconocido el cadáver de la primera prostituta, se dirige en busca de algún rastro; algo que le indique el paradero del asesino.

La tarde soleada y transparente contrastaba con la escena de la mujer en ropa interior asesinada al fondo, frente a un sauce marchito. Cuando los muchachos de la patrulla le dieron la vuelta, Sinisterra quedó ensimismado viendo los ojos almendrados, los labios protuberantes, el cabello ensortijado y revuelto en una maraña salvaje. La cuchillada le había abierto la garganta prácticamente de lado a lado. El inspector tuvo la sensación de estar contemplando una muñeca rota, una bailarina quebrada en una vitrina de juguetes¹⁹.

Como no tenía ninguna pista, se acerca donde la ex prostituta Zelia, conocida por todos en esa zona de la ciudad, para que le brinde pistas sobre los horrendos asesinatos.

“Sobrevivir en el centro de la ciudad no es cosa fácil en este momento. Se necesita astucia, sagacidad, y a veces no es suficiente. Necesitas además suerte. Mucha suerte. Esa mujer no solo sobrevive, sino que encima le da una mano a esa gente que llega a pedirle ayuda. Y claro, para actuar así, en medio del huracán, tienes que callarte más de una, hacerte el de la vista gorda, jugar el papel de sordo. No es fácil.”²⁰

Zelia le había dado una pista falsa, pero tenía que cuidarse de lo que pudiera suceder en esta parte de la ciudad con ella y sus protegidos. Para Manuel Delgado, “los protagonistas de esa sociedad dispersa y múltiple, que se va haciendo y deshaciendo a cada momento, son personajes sin nombre, seres desconocidos o apenas conocidos, que protegen su intimidad

¹⁹ Mendoza, Mario. Scorpio city. Planeta. Colombia: 2014. Pág. 15.

²⁰ Mendoza, Mario. Scorpio city. Planeta. Colombia: 2014. Pág. 18.

de un mundo que pueden percibir como potencialmente hostil, fuente de peligros posibles para la integridad personal”.²¹

Para nuestro detective, la búsqueda de la verdad empieza siendo un asunto laboral. Su trabajo consiste en desenmarañar esa cadena de asesinatos que están ocurriendo por algún motivo, pero de igual forma también se plantea esa búsqueda de la verdad como presión social. “Tenemos a la ciudad enardecida, Zelia. Los periódicos no nos quitan los ojos de encima, los noticieros de televisión no cesan de hablar de la ineficacia de la policía. Pronto rodará mi cabeza y la de mi jefe. Este es un caso especial. Se ha armado mucho alboroto”.²²

Al comienzo, seguirá pistas falsas; visitará por segunda vez a la ex prostituta, y a manera de amenaza, ello lo guiará hacia un nuevo y extraño personaje: el Apóstol.

En su desplazamiento por Bogotá, se irá enfrentando a esa ciudad real: la de los vagos, pordioseros, recicladores con sus carretas de madera y sus perros, locos, proxenetas, maricones en cacería, putas, solitarios, insomnes, alcohólicos, drogadictos: la fauna nocturna del centro de la ciudad en plena acción. Recordó las palabras que había escuchado una noche en un bar: “Ser bogotano es pertenecer a las cloacas del infierno. Por eso aquí ciudadano es sinónimo de roedor”.²³

Aquí se representa de manera clara la atmósfera de la caída, del caos, lo cotidiano y tedioso de la sociedad bogotana. Su cotidianidad, su ambiente ayudan a que su interior, sus deseos y formas de vida, cambien. Para Kronfly, “la ciudad se convirtió en algo que se salía de las manos, que huía de todo control racional para caer en lo absurdo. Pues en ella comenzaron

²¹ Delgado, Manuel. El animal público. Anagrama. Barcelona: 1999. Pág. 13.

²² Mendoza, Mario. Scorpio city. Planeta: Colombia, 2014. Pág. 13.

²³ Mendoza, Mario. Scorpio city. Planeta: Colombia, 2014. Pág. 16.

de inmediato a expresarse todos los excesos humanos, todas las conductas en contravía, como en un teatro para el espectáculo, todos los delirios de novedad, todas las voracidades, las múltiples racionalidades e intereses, las velocidades”²⁴.

La ciudad, y más el centro, ya no es una atmósfera de encuentro. Anteriormente, los mejores almacenes, cafés, restaurantes y plazas estaban llenas de parejas y transeúntes que la convertían en su punto de encuentro. “Que mierda, se dijo Sinisterra. En esta ciudad, a diferencia de las películas gringas, no había buenos y malos. Solo animales que intentaban defender su madriguera, el hueco donde gastaban sus noches y sus días. En Bogotá no había una realidad maniquea con dos polos encontrados, sino una cultura del rebusque y la supervivencia”²⁵.

Este será el constante escenario de la obra. La búsqueda de la “verdad” irá dando precisamente como lo indica este último párrafo. En Bogotá, la supervivencia generará diferentes clases de caos, ya que la condición de todo ser humano por la subsistencia nos hará enfrentarnos de diferentes formas para poder escalar la pirámide social.

La ebriedad, pensó, esa forma de lucidez que permite en Bogotá aceptar la pesadumbre sin destruirse. Como un espejo, reflejar el caos y la amargura sin apropiárselos, sin hacerlos personales. En Bogotá el que no sabía ausentarse de sí, el que no tenía estrategia de fuga se hundía en su propia conmiseración. Cualquier destino era bienvenido, pensó, excepto el del hombre que termina ahogado en sus quejas y lamentos²⁶.

Sinisterra conoce al Apóstol. Un hilo de carne con una semana de barba fumaba gruesos e interminables cigarrillos de marihuana. Sinisterra se sentó en un butaco y contempló a

²⁴ Cruz Kronfly, Fernando. “*Las ciudades literarias*”. Revista Universidad del Valle. N.º 14 Cali: agosto, 1996. Pág., 15.

²⁵ Mendoza, Mario. *Scorpio city*. Planeta. Colombia: 2014. Pág. 18.

²⁶ Mendoza, Mario. *Scorpio city*. Planeta. Colombia: 2014. Pág. 19.

través del humo el cuerpo enjuto, casi un cadáver... La voz del Apóstol parecía venir de un más allá líquido, acuoso²⁷.

El Apóstol hará las veces de oráculo, traductor de símbolos y defensor de los más débiles; y será quién ayude a nuestro detective a desentrañar el misterio de los asesinatos, mientras Sinisterra comenzará la travesía hacia su destino.

-“Usted no escucha. María es una persona, es un símbolo, un objeto de sacrificio.

-¿No ha revisado los datos de las muchachas asesinadas?

-Porque no sabe ver. Revise las fechas de nacimiento. Inés nació en enero, Rosario en febrero, Carmen a comienzos de marzo, Alba a finales del mismo mes y María a comienzos de mayo. ¿No lo ve?²⁸

El Apóstol, como anteriormente lo indicábamos, servirá de oráculo; él siembra la duda en Sinisterra, lo convierte en un traductor de los símbolos, y así se irá destejiendo la narración.

Lo particular en los asesinatos será el círculo de la rueda zodiacal. Las personas asesinadas harán parte de una simbología astral que los conducirá a la muerte. En un principio, lo difícil será encontrar a aquellos que cumplen con ciertas normas y que por desgracia, no serán salvados de las manos de los asesinos.

Los signos zodiacales de las víctimas están en serie, eso es todo.

- La última es ...
- Tauro.
- La próxima víctima debe ser Géminis.

²⁷ Mendoza, Mario. Scorpio city. Planeta. Colombia: 2014. Pág. 20.

²⁸ Mendoza, Mario. Scorpio city. Planeta. Colombia: 2014. Pág. 21.

- Eso creo... No es más que una hipótesis.
- ¿Solo tres Géminis?
- Sí. Lo que hay por cantidades es escorpiones²⁹.

El Apóstol era de signo Escorpión. La novela está marcada por este símbolo, pues lo que vemos a lo largo de la narración es un viaje de transformación, de cambio.

-Apóstol, ¿qué signo es usted?

El Apóstol sonrió.

-Escorpión. El signo del descenso, de los mundos subterráneos, de los viajeros que atraviesan caminos prohibidos.

El signo de los elegidos³⁰.

Aquí es cuando comienza la travesía de nuestro detective. Su viaje a lo más profundo de la ciudad le permitirá no solo encontrar la verdad, sino también justificar su existencia.

En esta parte de la novela cambiamos de protagonista. El Apóstol contará su historia a modo de diario mientras se encuentra en la cárcel.

La narración presenta una descripción del sujeto “habitante” en que la escritura se convertirá en la exploración de un diario.³¹ Allí, uno de los personajes -ciudadano de Bogotá, que vive, convive y sobrevive en ella-, la lleva dentro de sí, y la convertirá en su vida misma, en su conciencia, desplazándose en su interior, de tal manera que cambiará, se

²⁹ Mendoza, Mario. Scorpio city. Planeta. Colombia: 2014. Pág. 23.

³⁰ Mendoza, Mario. Scorpio city. Planeta. Colombia: 2014. Pág. 29.

³¹Diario: como categoría, más que termino escritural, nos encontramos con que “este subgénero literario presenta dos modelos fundamentales: el diario íntimo y el diario de viajes. En ocasiones ambas modalidades coexisten en un mismo texto. El diario puede ser reflejo de una existencia histórica real o de una vida de ficción”.³¹ Estébanez Calderón, Demetrio. Diccionario de términos literarios. Madrid: alianza, 1996, p.

metamorfoseará al mismo ritmo que la ciudad lo hace, y así dar testimonio de cualquier movimiento que implique un progreso, una vivencia, un cambio que va desde lo arquitectónico hasta lo humano. El Apóstol cuenta historias universales a fin de mostrar que el cambio que la Bogotá tercermundista provoca en el ciudadano consiste en llevar dentro de sí las grandes capitales del mundo: vivirlas, contarlas, imitarlas. Ser un habitante universal no solo es habitar el mundo como turista, es convivir y entablar una relación estrecha con los habitantes vecinos, los sistemas de ventas ambulatorios; es frecuentar los grandes almacenes de cadena, ir a bares, restaurantes, parques, zonas de tolerancia; es decir, mezclarse, adentrarse en lo más profundo de nuestras capitales subdesarrolladas y no esquivar nada de lo que nos ofrecen.

La narrativa que se preocupa por mostrar los nexos profundos entre la ciudad, el habitante y la vida misma, acentúa la relación de dependencia con que se alimentan recíprocamente, pues se hace evidente que la realidad de una es parte de la otra, y debe entenderse en ese ámbito que contiene lo privado y lo público³².

Otra clave de la novela es descubrir por qué Sinisterra fue el escogido, el que recibió el llamado a la salvación. El primer indicio se puede apreciar en su apellido: Sinisterra. Podríamos interpretarlo como un ser sin lugar; como un fantasma, como alguien sin peso, condenado a deambular sin descanso y a ser transformado por la ciudad misma.

³²“La ciudad y la novela de ciudad proyectan un imaginario que desde lo individual transmite lo colectivo: el monólogo de un habitante solitario, el cruce de información, la yuxtaposición de conocimientos o el diálogo de sordos, la multiplicidad de formas culturales, lenguas, razas y modos de vida. De ahí la afirmación de que en ella todos los caminos se cruzan. El choque entre lo íntimo, lo privado y lo colectivo cohabitan en el espacio urbano tomando forma en la literatura que lo encarna y recreando retrato y radiografía, angustia diaria, monotonía y supervivencia, inconformidad, crisis, formación y deformación, encuentros y desencuentros³² : Giraldo, Luz Mary. Ciudades escritas. Bogotá: Convenio Andrés Bello, 2000, p. 13.

El Apóstol nos lo muestra de manera contraria cuando le preguntó por su signo zodiacal:

- Inspector, ¿qué signo es usted?
- Capricornio.
- Lástima. Demasiado peso a la tierra. Un poco de ligereza no le vendría mal³³.

Más adelante veremos cómo el signo cambiará la forma en que nuestro detective ve su propia vida. De él dependerá el cambio, y su vida se tornará en un viaje sin retorno hacia lo desconocido, hacia la realidad y al cumplimiento de su destino.

³³ Mendoza, Mario. Scorpio city. Planeta. Colombia: 2014. Pág. 26.

Capítulo 3: la investigación

El Apóstol ha sido encarcelado. Desde lo más adentro de su celda recuerda la tragedia del detective Sinisterra. Su carta astral ha hablado. Su peso encarna la introspección del sujeto en la realidad. La ciudad lo ha consumido y él, sin darse cuenta, cambiará de manera tal que encontrará su salvación.

La mirada de este tira es transparente como el agua: veo en ella un destino terrible pero significativo. Capricornio es el signo que se prepara para la fortaleza y la seguridad. Luego, al final, solo tiene dos opciones: o aislarse y refugiarse en su aparente desdén por los otros, lo que termina convirtiéndose en una soledad y una amargura sin límites, o destrozarse el ego, atacarlo, descuartizarlo, hacerlo pedazos y entregarse a los demás y al mundo con regocijo y benevolencia. Estos últimos capricornianos son los mejores, pues se liberan del sí mismo, de la necesidad de vender una determinada imagen a los otros, de responder a lo que otros esperan de ellos, y quedan libres para modificarse, para rehacer un nuevo destino. Tal vez por ello la compleja relación entre el Capricornio y el padre, que no es necesariamente el padre físico, sino el padre interior, la ley, la responsabilidad, la voz interna que decreta conductas fijas e inamovibles que es preciso cumplir a cabalidad³⁴.

Cada pista lo llevará más de cerca a la verdad, no solo de los asesinatos; también, sin quererlo, sin pedirlo, se verá sumergido en esa realidad, que lo mantendrá cerca de su verdad. Para Cruz Kronfly, “el transeúnte, nuevo nómada urbano, creación de la ciudad, es al mismo tiempo que constituido, constituyente. La ciudad, además de la instalación física donde ocurren estos procesos del nómada que vaga ante esa inmensidad de ojos en expansión, al decir de Baudelaire, es precisamente el nuevo espacio moderno del transeúnte

³⁴ Mendoza, Mario. Scorpio city. Planeta. Bogotá: 2014. Pág. 41.

que se exhibe y se constata en su existencia ante los ojos ajenos”³⁵ . En *Narrativa colombiana: búsqueda de un nuevo canon*, Luz Mary Giraldo en su apartado de “ciudades de la crisis”, hace un análisis de la ciudad en la narrativa colombiana y cómo se desarrolla y marca una tendencia entre la escritura actual representada siempre en las costumbres, la música, la banalidad, etc., que sirven de expresiones o respuestas a un sentir o a una necesidad de expresión del ciudadano.

A medida que nuestro siglo se acerca a su final y algunos modelos se disuelven, las ciudades ideales también dirigen a la pulverización y la degradación y lo que era un solemne y deseado lugar o una forma de concebir la cultura se asume de manera conflictiva y escéptica. Al afianzarse el caos y el azar, la conciencia de pérdida, decadencia, complejidad y banalidad, expresan y muestran la vida de unas ciudades que cambian vertiginosamente para dar paso a lugares heterogéneos donde convergen preguntas sin respuesta³⁶.

La ciudad de una u otra forma se ha convertido en un laberinto para nuestro detective. La necesidad constante de buscar respuestas ha consumido la vida estable y sencilla de nuestro protagonista. La ciudad solicita su búsqueda, le pide que desmitifique esas muertes, los símbolos, pistas y pruebas lo harán encontrar la verdad; pero la pregunta es, ¿será la verdad de unos simples asesinatos? o ¿se convertirá tal vez en la cura para esa vida estática quieta y sin fundamento para una ciudad que se transforma todos los días?

Leonardo Sinisterra sin darse cuenta, está siendo “constituido” y consumido por la ciudad. Sus ojos dolerán al ver la realidad, su piel, cabello, gestos y voz se transformarán al

³⁵ Cruz Kronfly, Fernando. “*Las ciudades literarias*”. Revista Universidad del Valle. N.º 14 Cali: agosto, 1996. Pág., 8.

³⁶ Giraldo Luz Mary. “*Narrativa colombiana: búsqueda de un nuevo canon*”. Bogotá. 2000. CEJA. Pág. 130.

momento de poner los pies en la tierra, de encontrar el camino para cumplir su destino, convertirse en algo eterno, trascender los muertos, y ser recordado en una ciudad donde todos somos el todo y la nada, dónde somos la ciudad-ciudadanos que habitamos y destruimos, simultáneamente, los espacios.

El transeúnte remite a una realidad moderna, a un espacio urbano democratizado por la idea del “bulevar”, donde el hombre del común sale a ver a otros y a ser visto por todos, lugar de exhibición de moda, de los “afanes” imaginarios o reales propios de los nuevos ritmos del tiempo que impone lo moderno, temporalidad de lo actual. La ciudad deviene así entonces como territorio del nuevo nómada. (Kronfly, pág. 7).

Este policía se verá obligado a sacrificarse en busca de un nuevo mundo. Su transformación se verá marcada por lo malo; la maldad regirá y ayudará a que la verdad y la oscuridad salga a flote; ayudará a que el ser oscuro, el escondido, el poseído salga y ayude a encontrar el paraíso.

La memoria de un pasado ideal o la referencia a un modelo sustituye por la relación con el mundo actual que representa las formas extremas de una civilización signada por la masificación, el anonimato, la violencia cotidiana, la nueva cultura, la comunicación inmediatesta de los medios y el consumismo capitalista³⁷.

Y será la ciudad la que lo obligará a romper los límites de lo que hasta entonces él consideraba la realidad: “Lo noto en sus gestos, en sus ademanes, en su voz, en sus ojos. Bogotá lo lanzará a los subterráneos plutonianos, a los caminos que atraviesan los infiernos”.

³⁷ Giraldo Luz Mary. “Narrativa colombiana: búsqueda de un nuevo canon”. Bogotá. 2000. CEJA. Pág. 130.

Vemos como la palabra profética del Apóstol nos da indicios de lo que logrará el protagonista en Bogotá: su vida dará un vuelco y ayudará a salvar a muchos de sus habitantes. También lo podemos vincular a una renovación, una salvación profética: así como Jesús salva a la humanidad, Sinisterra salvará a Bogotá; sucumbirá, vivirá y se adentrará en el hades, lo que ayudará a la limpieza espiritual, a encontrar la verdad y salvar el espíritu, para finalmente terminar muerto en una alcantarilla.

Quisieras cambiar de oficio, dedicarte a otra cosa, porque tú, Leonardo Sinisterra, sueñas, te ves al final de tus días viejo y sabio, rodeado de libros y buenos amigos. Te dices qué quieres volver a la universidad y terminar Antropología. Saber de razas, pueblos lejanos, conductas que son constantes en la especie aunque se cambie de tiempo y de geografía. Cómo te gustaría viajar y aprehender paisajes y rostros insospechados. Ir lejos, donde te veas obligado a conocer esas zonas de ti mismo que ahora ignoras – aunque las sospechas -, esas facetas que presientes están en el fondo de ti y no pueden salir a flote porque las circunstancias externas no lo permiten, porque el afuera elige un determinado adentro. Sí, viajar no para ver el mundo, sino para observar en detalle los otros Leonardos Sinisterras que viven a tu lado y te acompañan sin que tú sepas realmente cómo son, qué gustos y preferencias tienen. Te sientes como un hombre solo que vive encerrado en su casa y desconoce la calidad de vecinos que lo rodean. (Mendoza, pág. 45,46).

Esta sensación de cambio es el primer indicio de transformación. El detective va asumiendo su condición de salvador, de viajero, de antropólogo. Luego de confirmar que una secta que proclaman salvación es la responsable de los asesinatos en las calles, comienza a adentrarse en su propia salvación. La secta será descubierta, y el destino de nuestro personaje se cumplirá. Aún es un personaje solitario que de vez en cuando sale acompañado de su asistente González, pero de igual manera, su vida, su empleo, sus

investigaciones y sus deseos están signados por la soledad. En la voz de Kronfly podemos citar un análisis del ciudadano.

”El transeúnte que vaga por la ciudad es un producto histórico de las reglas de juego urbanas. Sin el espacio público urbano no sería imaginable siquiera un solo transeúnte. Pero en ese espacio público que constituye al nuevo nómada urbano, la intimidad privada no se extingue sino que, por el contrario, se acrecienta. Eso explica la posibilidad de la soledad en medio de la multitud. Soledad incluso potenciada por el anonimato urbano, verdadera soledad que era incluso impensable como dimensión de lo subjetivo en las culturas constituidas por lazos todavía comunitarios y míticos”. (Kronfly pág.8).

La secta ha sido descubierta gracias a la recopilación de pistas y a la oportuna entrevista que consiguió con el Apóstol en la cárcel. Él le explica, a modo de predicación, los pasos a seguir y en dónde puede conseguir a los responsables de tan terribles crímenes. El Apóstol ahora predica la palabra de Dios desde la cárcel y compromete su vida en la restauración de esas almas perdidas.

Le dice a Leonardo Sinisterra:

El Astólogo pertenece a una secta religiosa. Desconozco de qué secta se trataba. Creo que ellos ordenaron los crímenes. La forma, es decir,

La idea de los signos en secuencia, fue una idea de él que luego la secta aprobó e hizo suya. Ellos están detrás de esto. Por eso le indiqué desde un comienzo que no se preocupara solo por un quién, por una identidad. Lo que sí me sorprende es que hayan atacado tan rápido. Debe ser una demostración de poderío, un alarde de fuerza. (Mendoza, pág. 50).

El diario del apóstol relata vidas pasadas. Casi todos los personajes en los que ve reflejadas sus vidas pasadas son navieros que lo ayudan a escapar de la realidad. Solo viajan, perdidos, e incluso relata una de sus vidas como Ulises. El viaje de Sinisterra será de descenso, hacia una conciencia fragmentada, desencantada, corrupta, injusta y criminal.

Te parece increíble que haya un grupo de fanáticos religiosos encargado de exterminarlos. Y otros, como el Apóstol, pesando en exterminar a los exterminadores. Así es el país, piensas con tristeza, esa es nuestra forma de sentirnos colombianos, negando y aniquilando al que está a nuestro lado. (Mendoza, pág. 57).

La secta ha sido descubierta. Es un grupo social, político y religioso que se ha propuesto limpiar la ciudad de pordioseros, prostitutas y cualquier manifestación que considere caótica. Sinisterra sabe que su descubrimiento le traerá problemas, y por tal motivo tendrá que cuidarse. Y como si fuera aprendiz del Apóstol, sabe que pronto ocurrirá algo que lo cambiará, pero antes evalúa las posibilidades y los alcances de lo que ha descubierto; por tal motivo, y después de un largo espacio de tiempo, aparece por primera vez el nombre de Isabel.

A la mañana siguiente te levantas temprano y le escribes una carta a Isabel, quien, piensas, debe encontrarse inquieta después de dos meses largos de silencio por parte suya. Es la única persona a la que estás ligado afectivamente y la recuerdas, la anhelas, la sueñas acariciándote y diciéndote al oído frases llenas de cariño y ternura. (Mendoza, pág.57).

A partir de ahora, en la novela se deja ver a la sociedad que se encuentra sumida en la corrupción y la injusticia social, y se alimenta del individuo protagonista, un héroe derrotado y decadente que busca la verdad a cualquier costo, que normalmente está

rodeado de un entorno que no le es cómodo y del cual quisiera huir. La acción se traslada a las calles, dejando atrás los salones refinados y los personajes elegantes de la alta clase social, para sumergir al lector en el mundo de los habitantes de la calle. Con respecto a la figura del detective, ahora ya no se mostrará como un sujeto con un alto nivel de inteligencia y perspicacia, sino como un sujeto común y corriente, lleno de contradicciones y miedos, pero con el deseo de lograr justicia, aún por caminos violentos.

La ojeas por encima y piensas en los ghettos, en los grupos de poder, en el fascismo segregacionista que margina al que no es igual. La misma historia en todas partes: el espíritu gregario que intenta auto-legitimarse al sentirse con un destino manifiesto, depositario de una verdad que lo hace superior a sus semejantes. Reglas y más reglas absurdas que, en el fondo, lo que buscan es ahorrar el trabajo de una solidaridad desde lo disímil, de una auténtica empatía con el otro desde la diferencia. Sientes asco por ese perverso concepto de espiritualidad, y sales a la calle³⁸.

En ese sentido, y en la medida en que se va evidenciando la condición moral de Leonardo Sinisterra, podemos ver que la novela se muestra como una construcción textual que maneja una doble intención: por un lado, atrapar al criminal; y por otro, una crítica social que no solo se ve reflejada en los deseos, sueños, aspiraciones del detective, sino también en su moral, descrita por diferentes narradores que hacen de mediadores en esa búsqueda de verdad y salvación.

Llegas al manicomio en las afueras de la ciudad y te encierran en una celda con una pequeña ventana que te permite divisar a lo lejos el cielo y las montañas. Una vez al día te bajan a un salón subterráneo y te someten a sesiones de electrochoques. Te inyectan también, cada mañana, un líquido amarillo que desconoces. Comienzas a perder la memoria, no sabes qué día es, dónde estás, cuánto tiempo llevas en ese lugar. Te dejan suelto con los demás

³⁸ Mendoza, Mario. Scorpio city. Planeta. Bogotá: 2014, pág. 62.

enfermos en el patio y te pasas las horas por ahí, de un lado para el otro, recostado contra un muro tomando el sol o acurrucado en un rincón mirando el vacío. Tenaz, hermano. La figura que comienzas a coger da miedo. El pelo largo y despeinado, la barba sin afeitar, la mirada alucinada y los gestos animales que te acompañan indican el largo viaje en el que te encuentras. Solo comes una vez al día. Estás flaco y continuamente cansado. Así pasa el tiempo. Ya no son necesarios ni los electrochoques ni el líquido amarillo. Nadie se preocupa por ti. Te dejan suelto en el día, caminando por el patio en busca de los rayos del sol. (Mendoza, p. 85).

El sujeto ha sido degradado. Su condición ha llegado a un estado deplorable. No es él; no sabe que se ha perdido y su única conexión con su vida son los recuerdos de su niñez. Esa que lo llevó a la felicidad, a la sencillez, a la inocencia. En este proceso de degradación, o de identificación de los estados de ánimos de los personajes y su carácter con los diversos escenarios de la ciudad de Bogotá, se revela un vínculo entre los procesos internos de sus historias y el escenario social que los rodea. Es una prueba de su afectación. Asumir la responsabilidad de integrarse a la sociedad, penetrarla, usarla para poder sacar la realidad de su existir.

Es en este recuerdo que te quedas atrapado días enteros, revisándolo, buscando en él algo que se te debió pasar y que seguramente determinó muchas de las acciones de tu vida. Una y otra vez vuelves a él y sientes en esa imagen de Yuly (atravesada por esa luz nocturna de la ciudad) el abandono, la orfandad, la profunda incomunicación de esta mujercita que se putea para sobrevivir. (...)Continúas desplazándote por tu pasado sin reconocer tu presente. No sabes que estás en un manicomio y no sabes ni el día ni el año. Solo viajas hacia atrás. (Mendoza, pág. 92).

Sinisterra ha cambiado. Su ciudad y él se han transformado. Su pasado es ahora lo único que lo mantiene en pie. Su cabeza, trastornada y vacía, lo lleva a refugiarse en los tiempos de su niñez.

Su juventud, donde conoció por primera vez el amor, el sexo, la lectura y donde compartía con sus amigos, es ahora una especie de refugio, de casi esperanza donde se refugiará hasta encontrar la fuerza, la razón de vivir y el poder de la transformación de su ciudad.

Una ciudad no solo es topografía, sino también utopía y ensoñación. Una ciudad es lugar, aquel sitio privilegiado por un uso, pero también es lugar excluido, aquel sitio despojado de normalidad social por un sector social. Una ciudad es día, lo que hacemos y recorremos, y es noche, lo que recorremos pero dentro de ciertos cuidados o ciertas emociones. Una ciudad es límite, hasta donde llegamos, pero también es abertura, desde donde entramos. Una ciudad es imagen abstracta, la que nos hace evocar alguna de sus partes, pero también es iconografía, en un cartel surrealista o una vitrina que nos hace vivirla desde una imagen seductora. Una ciudad, pues, es una suma de opciones de espacios, desde lo físico, lo abstracto y figurativo, hasta lo imaginario³⁹.

La ciudad nos atrapa, nos adapta y nos absorbe. Todos somos recibidos, vivimos y convivimos juntos, dentro de ella, sin saber que al mismo tiempo nos penetra, atrapa y manipula. No hay diferencia de razas, todos para ella, somos iguales, nos seduce hasta que quedamos consumidos, la libertad la vemos desde nosotros pero la ciudad en realidad es un jaula.

La percepción del personaje sobre su experiencia en la ciudad se encuentra mediada por sus recorridos, sus acciones. Sus recorridos y búsquedas lo llevan a encontrarse consigo mismo. El tiempo se detiene, su locura lo ha llevado a un estancamiento espacial, haciendo que la vida en la ciudad no cambie y los hechos del pasado, presente y futuro converjan en

³⁹ Silva, Armando. Imaginarios urbanos. Arango Editores. Bogotá, 2006. Pág. 134.

diversos instantes: su yo más íntimo -que nunca ha sido observado por nadie-, explota, sale a la luz, y se representa en su niñez, en sus inicios. Es la génesis de una nueva realidad. Podríamos pensar en un renacer, en la oportunidad de comenzar de nuevo, como si la providencia y el destino del héroe hubieran convergido en la transformación. De esta manera, él, y la ciudad, ya no volverán a ser los mismos.

Estás amnésico, hermano, eres cualquiera, la nada te está ganando la batalla. Duermes en la celda asignada, comes una vez al día como un autómata, sin saborear, sin reconocer los alimentos, y tu único aseo es la ducha semanal con desinfectante ordenada por la administración del manicomio. Eres otro. Si tuvieras la oportunidad de verte en un espejo y compararte con tu imagen anterior, no te reconocerías. El pelo largo y sucio, las ojeras profundas, las arrugas ligeras que surcan tu rostro producto de una inanición implacable, la larga barba en desorden y los dientes carcomidos y amarillos te convierten en la acostumbrada imagen de un demente ciudadano. Los feos te mandaron al otro lado de la línea, viejo, y de allí no es fácil el retorno⁴⁰.

La ciudad ha aislado a nuestro detective. Su transformación terminó y su estadía en el hades estará a punto de acabar. Volverá a pisar tierra firme, y, allí, luchará por encontrar su verdad, su libertad y logrará trascender en la caótica Bogotá.

Una noche te sacan de la celda, te cambian de ropa, e introducen en la misma camioneta en que llegaste y dos horas más tarde te dejan tirado en el Parque de los Periodistas, en la parte alta del centro de la ciudad, muy cerca de las montañas. Al principio te quedas sentado en un banco como un maniquí en una vitrina nocturna, mirando a los transeúntes pasar. (Mendoza, pág. 96).

La ciudad escorpión es la que contiene el veneno mortal, la que enferma, la tierra de todos y de nadie; la que no reconoce el mal, quizás porque está afincada en lo apocalíptico, lo

⁴⁰ Mendoza, Mario. Scorpio city. Planeta. Bogotá, 2014. Pág. 94.

degradante, lo efímero. En cada esquina, en cada calle habita lo impredecible. Ya no se espera la salida del sol, pues en ese día a día sin rumbo, sin nombre, sin nada seguro, la ciudad nos engulle, nos atrapa, nos convierte en casi sus esclavos. Lo característico en esta parte de la novela es la búsqueda del interior. Las implicaciones de la segunda persona posibilitan un mayor acercamiento a la vinculación entre la conciencia de Leonardo Sinisterra y los diversos espacios de la ciudad de Bogotá.

En cada calle se ven asesinos de diferentes formas; y así, la ciudad obliga a transformarnos, a cambiar de calle, a bajar la mirada. Lo desconocido siempre nos dará miedo y hará que nos convirtamos en otras personas: mantenernos firmes frente a la posibilidad de ser ciudadanos o ser un roedor de las cloacas. Allí podríamos ser derrotados, ya no podríamos cargar más el peso del veneno de este escorpión, y estaríamos obligados a enfrentarnos, a empujarnos sin pensar en nada, a pisarnos y escalar de manera odiosa la pirámide; nos haríamos los de la vista gorda y seríamos ciudadanos del egoísmo y la violencia.

- ¿Sabe una cosa?, usted y yo nos parecemos en algo.
- ...
- Yo también estoy solo, abandonado, sin familia.
- ...
- Por eso cuando lo vi ahí, en el piso, recién golpeado, sentí que yo era usted.
- ...
- ¿Comprende lo que le digo?
- ...
- Yo sé que usted me entiende aunque no me pueda responder.
- ...
- Yo era usted, yo estaba allá, al otro lado, y necesitaba ayuda.
- ...
- Lo que hice fue darme una mano a mí mismo.
- ...
- Me he recogido y me he brindado un plato de comida.
- (...) Por fin tengo la posibilidad de ayudarme.

- ...
- Me encontré y no me pienso abandonar.
- ...
- Muchas veces he presentado este encuentro. Regreso a mi casa y, de pronto, intuyo que estoy cerca, por ahí arrojado en un rincón, y que necesito ayuda.
- ...
- Pero no doy conmigo. Busco y busco por las calles cercanas pero ninguno de los vagabundos con los que tropiezo soy yo.
- ...
- Hoy fue distinto.
- ...
- No me estaba buscando. Solo lo vi a los ojos y me reconocí en su mirada. Supe enseguida que era yo. (Mendoza, pág. 100-101).

Esta experiencia nos muestra y confirma el deseo de lucha de nuestro detective. La primera mano amiga que se encontrará refleja lo más sencillo y simple de la caridad cristiana. Ayudar al prójimo como si se tratara de uno mismo es la lección que queda.

Capítulo 4: la oscuridad

Este es también el momento de mi partida. Hasta luego, viejo, que los dioses se apiaden de ti y se acuerden de tu miseria, porque solo ellos podrán rescatarte de los infiernos de esta ciudad que se complace en llevarnos por el camino del desperdicio, la penuria y la desdicha. (Mendoza, pág. 96).

La realidad aparece nuevamente en la vida del protagonista. Después de haber estado encerrado, nuevamente vuelve a las calle pero ya no como un policía, ahora es un individuo desorientado, solitario y embestido por el frío y el hambre. La noche lo recibe como a un ser sin destino; sin hogar, sin familia, sin comida; se introduce hacia el sur de la ciudad, paisajes como el de La Candelaria lo recibe y ahora La Zona será su nuevo paisaje.

La noche de su liberación del manicomio, trastornado y bajo los efectos de una pequeña dosis de marihuana, Sinisterra bajó del barrio La Candelaria hacia la Plaza de Bolívar, por el céntrico sector colonial de Bogotá. Hacía frío y llovía sobre el centro de la ciudad. Las luces amarillas de las viejas casonas se reflejaban en los charcos de agua de las estrechas calles, produciendo una atmósfera extraña y fantasmal.

La entrada a su nueva vida sería un choque a lo que él estaría acostumbrado a vivir. La ayuda vendría de un ser que no le sería muy familiar, pero que le brindaría en un comienzo, un poco de comida y lo ayudaría a recordar quién era, de donde viene y cómo podría cumplir su destino. Para Cruz Kronfly, *cuando vamos por la calle y constatamos cómo nuestros referentes físicos han sido derruidos, cómo desaparecen de la noche a la mañana*

de nuestros ojos, entonces nuestra memoria debe huir a refugiarse solo en la posibilidad de una evocación-resurrección interior reestructuradora, el sujeto siente que ya no se reconoce no se refleja en su entorno, que su identidad y su sentido de pertenencia han sido atacados, y se llena de miedos y de inseguridades - muchas veces no confesados – por causa de esa desposesión. De esa clase de miedo está hecha en buena parte la cultura urbana de nuestro tiempo en nuestros países. Los campesinos y provincianos emigrantes, desposeídos de sus lazos de pertenencia comunitaria, ingresan a la ciudad para perder a empujones y de un día para el otro su memoria rural y adoptar rápidamente y a la fuerza los códigos y las reglas de juego que la ciudad ha elaborado e impuesto para su uso, incluidas sus violencias, sus demarcaciones y territorialidades, que definen las fronteras dentro de las cuales o a través de las cuales el sujeto “debe saber moverse”. El hombre nacido en la ciudad, construida-destruida-vuelta a hacer, muy pronto deja de tener ante sus ojos lo que apenas ayer era suyo y se refugia en el miedo y en el desconcierto de su pérdida, de su vacío, de su ausencia referencia⁴¹.

En la actualidad, el desplazamiento es más común que a comienzos del siglo XX, esto se debe a las guerras continuas que obligan a que nuestros campesinos busquen refugio en las ciudades capitales y que se enmarquen en referentes para poder subsistir. Este desplazamiento no solo produce diversidad de culturas en las capitales, también produce hambre, miseria, inseguridad y la creación de grandes barrios de “invasión”, lo que hace que las grandes ciudades crezcan de una forma desordenada, sin control y que por ende, sus centros, esos que anteriormente estaban enmarcados por los grandes cafetines, tiendas de gran reconocimientos y que eran escenarios y puntos de encuentro, sean convertidos en

⁴¹ Cruz Kronfly, Fernando. “Las ciudades literarias”. Revista Universidad del Valle. N.º 14 Cali: agosto, 1996. Pág., 6.

cinturones de inseguridad, violencia, drogadicción, prostitución, comercio de multitud y punto de huelgas en contra de las decisiones estatales.

Sinisterra hacía parte del Estado. Como detective su trabajo era precisamente defender el orden, encontrar culpables y buscar las pistas para llegar a la verdad; pero ese orden que él contemplaba, hasta qué punto podría llegar a ser malo. Todos sabes que la justicia o injusticia viene dada desde la cara con que veamos la moneda, en este caso, podríamos decir que la limpieza social y el reconocimiento de la secta como ayuda a nuestro sistema actual de orden sería una ayuda al descuido y a la falta de inclusión e inversión social en la que el Estado no quiere participar, pero por otro lado, todos y cada uno de nosotros tenemos derecho a participar y a ser libres de vivir y seguir un estilo de vida independiente, así como la conversación en la que Sinisterra se vio sumergido por el hambre y la sed, vemos que la posibilidad de que algo sea realmente absoluto es imposible. Abrir los ojos, ser secuestrado, ver la verdad, estar al otro lado del muro es lo que hará que nuestra opinión y nuestro estilo de lucha esté apoyado por fundamentos realmente humanos, entender al otro, ponernos en sus zapatos es la idea principal para mejorar esta pequeña parte del mundo que llamamos Bogotá, en la que Sinisterra se ha involucrado y en la que terminará porque no decirlo, de manera de héroe, su destino.

- La Zona es poderosa e intensa. Irresistible e impredecible.
- (...)
- La primera vez que entré demoré una semana en salir. Me encontraron unos vecinos debajo de un puente, cerca a mi casa.
- La Zona está en cualquier parte, ronda la ciudad sin que lo sepamos.
- La Zona nos domina, nos arrastra...
- Si ya hemos entrado en ella, estamos perdidos... No somos dueños de nosotros mismos.
- Muchos no pueden salir y permanecen allí el resto de sus vidas. (Mendoza, pág. 102-103).

En la actualidad las ciudades son reflejo de la individualidad, del narcisismo y del ocio industrializado. Sus límites han sido borrados, su centro se desplaza tangencialmente hasta fragmentarse. Por tal motivo, las delimitaciones no existen, todos vivimos en el mismo espacio, convivimos y violentamos el mismo espacio. La Zona es un espacio marginal donde difícilmente se puede entrar. En las ciudades latinoamericanas pululan; son zonas de decrecimiento social, pobreza, drogadicción y sexo. Allí, es donde podemos encontrar desde artistas con grande títulos, hasta médicos, ingenieros, amas de casa, niños; lo que lo diferencia en el otro orden de la ciudad es que aquí no existe el tiempo, no existe edad, raza, credo, estrato ni título profesional. La Zona es un espacio sin regulación alguna, no hay coordinador o una ley que valga. Todo va a ser manejado de manera individual hasta que los intereses de todos estén en juego.

Su cambio, nada esperado se dará en esta parte de la ciudad, como si todo necesitara de su tiempo para ser logrado.

Su mirada, que atravesaba las personas y los objetos sin detenerse en ellos, comenzó a cambiar y fue adquiriendo poco a poco una apariencia humana. Destellos de una vida pasada fueron surgiendo en esas largas caminatas urbanas: rostros de mujeres, sensaciones, voces, miedos y alegrías fueron llegando a la superficie y conformaron las primeras piezas de un largo rompecabezas. Y en la medida en que Leonardo Sinisterra que abriéndose paso por entre esos primeros recuerdos e inició la recuperación de su pasado, fue también en forma simultánea, reconociendo las circunstancias en las que se encontraba. Vio en los vidrios de los almacenes su figura salvaje y tomó conciencia de su anormal condición. Se cortó el cabello y la barba con un pedazo de vidrio afilado, se bañó en un parqueadero donde un muchacho, apiadado, le prestó una manguera con la que estaba lavando los automóviles, pidió ropa y zapatos de casa en casa hasta que al fin, en un taller de mecánica, le regalaron un overol de trabajo y unos zapatos viejos, y se cortó las ungas de manos y pies con una lámina de metal que encontró en un potrero baldío. Así fue como Sinisterra comenzó el rescate de su

humanidad. Pasó de demente alucinado a mendigo ocasional y luego desempeñó trabajos diarios de limpieza en bodegas y estaciones de gasolina. Pero su memoria seguía trastornada y un gran porcentaje de su vida estaba enterrado en unas tinieblas inescrutables. (Mendoza, pág. 113-114).

Este será el comienzo de su nueva vida. Su memoria se estaba recuperando y sabía lo que tenía que hacer. Lo primero era mejorar la apariencia exterior. Todos sabemos que la inclusión social empieza con un baño de agua fría y un corte de cabello y uñas. Su relación con el mundo exterior irá cambiando para transformarlo y esto lo convertirá nuevamente en ciudadano, tal y como se vea, será apreciado por la multitud, por una ciudad que se transforma en todo momento, su marginalidad se irá debilitando tanto así que la ciudad, su centro será poseído, se convertirá en un campo de batalla de juicios, clases sociales, partidos políticos, movimientos estéticos, religiones y poderes.

Un vistazo a la lucha recorrida durante toda la narración es un aparte que hace el autor de una discusión que tienen dos estudiantes universitarios mientras que Sinisterra sufre de hambre y sed y admira la comida a través del cristal de un restaurante en el centro de Bogotá.

-Mire, la mutación social, sobre todo en las grandes ciudades, ha producido desplazamientos y metamorfosis que ya no se pueden abarcar con los esquemas tradicionales: lucha de clases, rico-pobre, injusticia social... En la política ha ocurrido algo similar. Hace treinta años nuestros padres eran liberales, conservadores o de izquierda. Pero esos nombres, conservador o liberal, son insuficientes para explicar el fenómeno político contemporáneo, donde aparecen movimientos fuertes como los partidos homosexuales, los partidos ecologistas o los partidos religiosos. ¿Sí o no?

-Qué le digo...

-Entonces, desde los esquemas tradicionales, un homosexual ecologista, ¿es conservador o liberal? Una lesbiana mística, ¿es liberal o de izquierda? Regina 11, la hechicera espiritista con gran respaldo popular que llegó hasta el Senado de la República, ¿es de izquierda o de derecha?

-Eh...

-Las preguntas no se pueden responder porque subrayan en la incapacidad de los esquemas tradicionales para abarcar una nueva realidad.

-(...)

-Socialmente es igual, los esquemas tradicionales no son suficientes para explicar lo que está sucediendo: empresarios y financistas prósperos que en la noche son travestis y salen en busca de amores efímeros, niños adinerados que suelen amanecerse en los caserones de los cordones de miseria de Bogotá fumando bazuco...

-Entonces, un travesti místico con cuenta en Miami, ¿es un burgués opresor o un proletario oprimido? Un abogado con apartamento en el norte de Bogotá, en el mejor sector, que sin embargo tres días a la semana amanece en los expendios de bazuco del sur de la ciudad, en el peor sector, en medio de sus propios excrementos después de fumar hasta la saciedad papeletas de bazuco, ¿es un arribista despreciable que vive en la riqueza y la comodidad, o un drogadicto miserable víctima del sistema?

-Para serle sincero...

-Ni una cosa, ni la otra. Lo que ha ocurrido es que la realidad es móvil, fluctuante, y los esquemas fijos, inmóviles.

No podemos hablar de una dinámica desde una estática. (Mendoza, pág. 104-105).

Para Kronfly pensar en un proceso estático no es posible. Los cambios se harán de manera obligatoria para la inclusión de cada uno de nosotros dentro de la sociedad. *Pero como no es imposible pretender que el mundo exterior no cambie ni sea transformado, construido-*

*destruido- vuelto a hacer en un ritmo y a una velocidad determinados, no precisamente por las añoranzas de quien evoca sino por las diferentes y babélicas racionalidades que gobiernan el proceso de modificaciones urbano, incluida, por supuesto, la racionalidad comercial inmobiliaria, todo sujeto en dicha transformación pierde en cuanto resulta desposeído de parte o de todo su pasado referencial*⁴². Lo que nos lleva a pensar que en el momentos en que la ciudad nos ha incluido, nos hemos adaptado, hemos cumplido las reglas y hemos introducido en nuestra forma de vida la cotidianidad dentro de nuestro estilo de vida, hemos cumplido a cabalidad “la forma en qué debemos vernos”, es ahí donde encontramos que somos ciudadanos, y no solo eso, somos “buenos ciudadanos”, conocemos nuestros derechos y deberes, aunque contemplamos más la idea de creer que tenemos más derechos que deberes y estos últimos deberán ser cumplidos por nuestro prójimos, el pasado de lo que algunas vez fuimos y queríamos llegar a ser, se ha perdido. Es cómo cuando uno de niño jugaba a ser bombero, policía, astronauta o estrella de rock. La madurez y la obligación de convertirse en “el mejor”, no ayuda a contemplar la idea de convertirse en “algo mejor”, la competencia, la lucha de poder, el dinero, el consumismo, son normas establecidas dentro de esta ciudad, dentro de esta pequeña sociedad manipuladora donde el “ascender” y no precisamente de manera espiritual, es el pan de cada día.

Lo que no está enmarcado dentro de los parámetros establecidos por la sociedad, será vetado, dañado, estigmatizados y enmarcado en zonas de miseria en las que inclusive, el transitar por allí se convertirá en toda una odisea. En esta parte del texto, después de haber sido nuevamente sacado a la ciudad pero con la vista y el reconocimiento del otro en sí,

⁴² Cruz Kronfly, Fernando. “Las ciudades literarias”. Revista Universidad del Valle. N.º 14 Cali: agosto, 1996. Pág., 6.

Sinisterra entrará en la realidad que lo llevará a su reconquista de la humanidad, su trabajo como detective ya no existe, su vida amorosa ya no está, pero su ayuda al prójimo por fin enmarcará su vida y hará que esta lucha de sectores sociales enmarque nuevos comienzos y esperanzas para muchos.

El rumor en la Zona de un grupo social que ejercía la labor de la limpieza social era un tema dado. Todos habían vivido la muerte de alguno de sus compañeros, habían visto como arrasaban con mujeres, niños y ancianos; la secta aún permanecía en la ciudad.

Cuatro individuos fuertemente armados descendieron de la camioneta y comenzaron a disparar sobre los que no habían alcanzado a huir o protegerse. Disparaban a izquierda y derecha, apuntando a cualquier individuo, mujer u hombre, que emergiera de las sombras, como si se tratara de un juego de tiro al blanco donde triunfa aquel que más cuerpos derribe. (Mendoza, pág. 119).

La guerra estaba a punto de empezar, pero lo que vendría después, ayudará a nuestro sujeto trastornado a volver a recordar y vivir ya y cumplir el destino al que estaría prendido desde su nacimiento.

Se irguió y justo cuando asomaba la cabeza y el pecho se tropezó frente a frente con el último de los hombres que, cubriendo a sus amigos con una metralleta, caminaba hacia atrás mirando a ambos lados para evitar sorpresas. Sinisterra y él se miraron un segundo a los ojos, aterrados, embrujado cada uno en la imagen del otro, y Sinisterra esperó a que el hombre lo encañonara y disparara. Pero González no pudo hacerlo. Detrás de la barba y el aspecto primitivo que tenía enfrente, reconoció las facciones y la mirada amable y cordial de su amigo jefe. Sinisterra, por su parte, recordó de pronto y violentamente todo su pasado. Fue como una tormenta, como una catástrofe cerebral que lo obligó a cogerse la cabeza con ambas manos. Sintió que llegaba al mundo por segunda vez, que nacía de nuevo en medio del asombro, la sorpresa y el miedo.

González bajó la metralleta, dio media vuelta y corrió hasta alcanzar la camioneta que lo aguardaba con el motor encendido.

Sinisterra se recostó en el interior de su carro de madera y tomó aire a grandes bocanadas, como si temiera ahogarse o perder el sentido. Se tranquilizó y después de unos minutos logró por fin esbozar una primera sonrisa. Sí, era cierto que su historia le parecía una pesadilla, una macabra fábula impregnada de dolor y sufrimiento. Pero había recobrado la memoria, ahora sabía quién era y por qué se encontraba en ese lugar, y eso le producía una inmensa alegría. (Mendoza, pág. 119-120).

Durante su desplazamiento en el centro de Bogotá, Sinisterra caminó por entre las calle, todas y cada una de ellas representaban algo que la ciudad había simplemente dejado olvidado. En una de esas calles, después del frío, el hambre, la sed y la sensación de la marihuana, entre todos los rostros y los gritos reconoció a uno, era el del amor.

Saltó el separador de la avenida, caminó hasta la estación de gasolina de la Calle Veintidós, y bajó hacia el occidente, con las montañas a su espalda. Una prostituta joven, casi una niña, se asustó al verlo acercarse. Sinisterra la miró a los ojos y sintió un escalofrío que le recorrió la espalda y los brazos. Un relámpago de lucidez invadió por un instante su cerebro, y al fondo, escondido y difuso entre las tinieblas de su memoria atrofiada, divisó un rostro de mujer que había amado. La expresión de la muchacha lo condujo, en fracciones de segundo, a una pista pasada y remota que no podía recordar. (Mendoza, pág. 106).

Los recuerdos vienen dados por la experiencia, algunos los damos por perdidos cuando lo malo entra en nuestras vidas o la necesidad de olvidar es caprichosa. Kronfly nos plantea la idea de que *“en todos los casos la ciudad resulta reconstruida, a través de las evocaciones de la casa, la calle, incluso de objetos amados o instantes vividos. Para el habitante de la ciudad, la evocación más íntima siempre habrá de tener una especie de referencia a un entorno urbano, que todo lo tintura. Desde la casa se escucha el sonido del piano en el vecindario, el grito del papagayo. De pedazos de estas sensaciones auditivas, visuales y olfatorias se va armando la ciudad. El sonido del tranvía lejano delinea el colorido de las*

*evocaciones, su tono, del mismo modo como lo hacen el rumor de los automóviles en las avenidas, la luz que llega de los patios contiguos, las ramas que golpean las ventanas*⁴³.

La ciudad es un sujeto interior. Llevamos nuestra casa, nuestras calles y nuestras rutinas en ella. Al salir a la ciudad, las calles se convierten en nuestros pasillos, todo se hace más familiar porque reconocemos los paisajes, los vecinos, las basuras, los trancones. Todo en nuestra ciudad es como en nuestra casa; los comportamientos y rutinas las llevamos a la calle y por esto, somos o no ciudadanos modelos.

Lo que nos lleva a pensar que este recorrido, es un último paseo de su anterior vida. Lo que más amable sintió y lo que realmente lo hizo detenerse, fue el rostro del amor. No podíamos dejar pasar este parte ya que aunque las circunstancias fueron diferentes para él, el amor para todos siempre ha sido una parte fundamental de nuestra vida, evocar recuerdos d una ex pareja, sentir nostalgia porque lo vivido y por lo que pudo ser, es recordar, es sentir palpitaciones, escalofríos y amabilidad en nuestro corazón, todo está perdonado, no arrepentimiento de nada, la vida sigue y hasta ahora, después de tanto años de vida se le encontrará un verdadero sentido.

Leonardo Sinisterra, antiguo inspector de la policía para casos especiales del Distrito Capital, caminó por la ciudad durante semanas sin reconocer nada a su alrededor, durmió a la entrada de almacenes, iglesias y en bodegas y casas abandonadas, comió lo que le regalaron en cafeterías y restaurantes populares, soportó golpizas en enfrentamientos con gamines y bandas de otros vagabundos, no se cambió de ropa, no se afeitó, no se bañó, no se cortó las uñas y por eso sus manos parecían garras, y, por último, no pronunció

⁴³ Cruz Kronfly, Fernando. "Las ciudades literarias". Revista Universidad del Valle. N.º 14 Cali: agosto, 1996. Pág., 7.

palabra y, al menos por un tiempo, olvidó cómo se llamaban el mundo y él mismo. No obstante, su mirada, que atravesaba las personas y los objetos sin detenerse en ellos, comenzó a cambiar y fue adquiriendo poco a poco una apariencia humana. Destellos de una vida pasada fueron surgiendo en esas largas caminatas urbanas: rostros de mujeres, sensaciones, voces, miedos alegrías fueron llegando a la superficie y conformaron las primeras piezas de un largo rompecabezas. Y en la medida en que Leonardo Sinisterra fue abriéndose paso por entre esos primeros recuerdos e inició la recuperación de pasado, fue también, en forma simultánea, reconociendo las circunstancias en las que se encontraba. Vio en los vidrios de los almacenes su figura salvaje y tomó conciencia de su anormal condición. Se cortó el cabello y la barba con un pedazo de vidrio afilado, se bañó en un parqueadero donde un muchacho, apiadado, le prestó una manguera con la que estaba lavando unos automóviles, pidió ropa y zapatos de casa en casa hasta que al fin, en un taller de mecánica, le regalaron un overol de trabajo y unos zapatos viejos, y se cortó las uñas de manos y pies con una lámina de metal que encontró en un potrero baldío. Así fue como Sinisterra comenzó el rescate de su humanidad. Pasó de demente alucinado a mendigo ocasional y luego desempeñó trabajos diarios de limpieza en bodegas y estaciones de gasolina. Pero su memoria seguía trastornada y un gran porcentaje de su vida estaba enterrado en unas tinieblas inescrutables. (Mendoza, pág. 113-114).

Su nueva vida estaba empezando. Atrás quedaron las investigaciones, el horario de oficina y la lectura diaria del periódico; las quejas del jefe, los carros, las prostitutas, la iglesia, las cafeterías y hasta su apartamento. Ya no había nada más importante que él, sus caminos y su nueva lucha está por empezar.

Capítulo 5: desenlace

Cuando no existía aún la ciudad, no existía el transeúnte. El poblador de los bosques que salía de caza o a realizar la recolección de raíces y tallos no era un transeúnte. La categoría de transeúnte es exclusivamente urbana, ciudadana. Ella inaugura un nuevo tipo de nomadismo: el nomadismo urbano. El habitante de la ciudad que sale de paseo por las calles, plazas y avenidas, un poco a la deriva o con destino preciso aunque siempre regresa a su punto de partida, circunscrito de todos modos al territorio de la ciudad y que deambula ante la mirada de otros, igualmente nómadas urbanos que observan y a su vez son mirados, realiza la imagen del transeúnte. El transeúnte remite a una realidad moderna, a un espacio urbano democratizado por la idea del “bulevar”, donde el hombre del común sale a ver a otros y a ser visto por todos, lugar de exhibición de la moda, de los “afanes” imaginarios o reales propios de los nuevos ritmos del tiempo que impone lo moderno, temporalidad de lo actual. La ciudad deviene así entonces como territorio del nuevo nómada⁴⁴.

Cruz Kronfly nos plantea la idea de un nuevo poblador. Ese ser ciudadano que a pesar de que está acompañado de una multitud, su vida es solitaria y vacía. En relación con Scorpio City, nos hemos dado cuenta que cada personaje es un individuo caracterizado por la soledad y por la difícil vida que ha llevado. A pesar de que nuestro protagonista trabajaba al lado de su asistente, nunca vimos que entablaran mayor relación más que la complicidad llevada en el trabajo. Sus relaciones siempre estuvieron dadas por la condición de la investigación, más no se desarrolló a lo largo de la historia, una relación contemplada en la cotidianidad, la compañía o el amor, lo más cercano que pudimos entre ver fue la relación dada entre

⁴⁴ Cruz Kronfly, Fernando. “Las ciudades literarias”. Revista Universidad del Valle. N.º 14 Cali: agosto, 1996. Pág., 7.

nuestro detective y el Apóstol que, a pesar de no entablar amistad alguno, el Apóstol ayudó a Sinisterra para que viera más allá de obvio, creía que si lo lograba, podría cambiar su vida y brindarle al fin un verdadero sentido.

Con el paso del tiempo Sinisterra fue percibiendo en su interior una necesidad de grupo, de colectividad. Bien fuera por el mero placer de tener con quien hablar y compartir, o por la sensación, cada vez mayor, de buscar refugio y protección, o por ambos, lo cierto era que pertenecer a un clan de individuos semejantes, con los mismos sufrimientos y carencias, lo reconfortaba y le impedía extraviarse en sus fantasmas y tormentos. Esa fue la razón por la cual construyó su carro de madera con ayuda de dos basureros que le demostraron una cierta solidaridad e ingresó a la comunidad de recolectores de basura del Cartucho. La familiaridad con la basura lo puso en contacto con un mundo desconocido: lo perecedero, lo efímero, lo que una sociedad usa y desecha para ir en busca de nuevos objetos para usar. El círculo vicioso de los apegos y los consumos se le fue revelando con mayor claridad en la medida en que escrutaba y aventuraba entre los ahora viejos elementos inservibles. Al ver pedazos rotos de muñecos, bracitos y piernas de plástico que aparecían a veces entre papeles y residuos de metal, no podía no pensar en la caducidad de sus miembros y su carne, en el destino que le esperaba a su cuerpo. Las reflexiones sobre la muerte se le fueron haciendo familiares. Preguntó a sus compañeros si les ocurrían estados de ánimo similares y ellos asintieron contándole anécdotas y circunstancias en las cuales, inevitablemente, iban surgiendo esas ideas. (Mendoza, pág. 114-115).

En la comunidad preurbana y premoderna, el hombre no podía ser solo, no podía ensimismarse sin entrar en el terreno de la sospecha, de la locura, de la expulsión. En cambio, en la ciudad, rotos y constituidos en su reemplazo los lazos políticos y civiles, la auténtica soledad del nuevo nómada urbano se hace posible como nueva dimensión de la subjetividad. Vagar a solas entre la multitud, recibir la mirada anónima y ejercer la mirada anónima, eso es precisamente aquello que constituye a lo urbano, a la ciudad en toda su

grandeza, en toda su especificidad pero también en toda su crueldad y dureza. El transeúnte, nueva nómada urbano, creación de la ciudad, es al mismo tiempo que constituido, constituyente⁴⁵.

Ahora el detective pertenece y es aceptado en un grupo. La comunidad lo ha ayudado y ahora al parecer, la ciudad se ha tornado en una ambiente muchas más amable, mucho más humano; la hora de compartir historias, de ayudar, de vivir, de buscar entre la basura, lo ha llevado a pensar que su propósito está por cumplirse y pronto se acerca la hora de cambiar la historia, de enfrentarse con esa ciudad que lo marginó, lo encerró, lo hizo olvidarse de él mismo y lo envió a lo más bajo, a las cloacas.

A la luz de las fogatas nocturnas se recostaba en su carro de madera y leía y leía intentando capturar esa identidad que el pasado le había arrebatado. Una cosa sorprendía a sus compañeros y era que Sinisterra tenía conocimiento de un vocabulario amplio y educado. Cuando uno de ellos necesitaba explicaciones sobre el significado de una palabra, acudía a él. Sinisterra no comprendía muy bien el mecanismo por medio del cual recordaba esos significados, pero siempre terminaba dando ejemplos, sinónimos y comparaciones adecuadas sobre un sustantivo o un adverbio. Sus compañeros cercanos, que conocían de su amnesia, urdieron la hipótesis de una vida pasada llena de lujos, buenos colegios, reuniones sociales y viajes al exterior. Se divertían imaginando situaciones o posibilidades: hijo de un banquero prestante al que sin duda había sufrido un accidente, o el nieto consentido de una viuda rica que había recibido un golpe en la cabeza, quedando por ahí a merced de los delincuentes y al amparo de los transeúntes. Sinisterra se sonreía cuando escuchaba las historias de sus amigos y les agradecía su empeño en colaborar en la búsqueda de esa persona que se había ido de su interior. Lo cierto era que el Ministro, como lo habían bautizado en el Cartucho, vivía escindido. Uno era el lenguaje que usaba para hablar, contaminado de una jerga incomprensible para alguien que no perteneciera al medio, y el otro el lenguaje que reservaba para sus lecturas. Así, al lado de

⁴⁵ Cruz Kronfly, Fernando. "Las ciudades literarias". Revista Universidad del Valle. N.º 14 Cali: agosto, 1996. Pág., 8.

expresiones como “boletarse”, “parcero” o “chichipato”, convivían en su cerebro palabras como “acrimonia”, “prístino” o coadyuvar. Sin darse cuenta, en esa división coexistían, milagrosamente, su pasado y su presente. (Mendoza, pág. 116-117).

Luz Mary Giraldo nos habla de la ciudad y del reconocimiento como un proceso donde “cada uno, habitante o autor, la elabora por su cuenta según su geografía personal, su historia familiar, social, cultural, ideológica o laboral, o según el anónimo y desasosegado espíritu transeúnte de sus calles y de su tiempo⁴⁶. En este caso, nuestro detective aún no sabe a ciencia cierta quién es, de donde viene, pero la lectura del periódico le va indicando pistas, en estos momentos el capricho de releer las mismas noticias lo irán llevando por el camino de la verdad y con este, el camino a su salvación.

Aparte de esos fugaces destellos que en ocasiones llegaban a su memoria en medio de la lectura, Sinisterra seguía padeciendo una amnesia que no daba signos de disminuir o desaparecer. Necesitaba de otros estímulos que pusieran en movimiento esa máquina de remembranzas y evocaciones que se empeñaba en permanecer atrofiada. Esos estímulos llegaron la noche de un viernes, cerca de la una de la madrugada. (Mendoza, pág. 118).

Era el momento en que nuestro detective se reconocería. De una camioneta blindada se bajarían unos sujetos con metralletas y dispararían a la diestra y siniestra, sin compasión, Sinisterra se encontrará en los ojos de otro.

Se irguió y justo cuando asomaba la cabeza y el pecho se tropezó frente a frente con el último de los hombres que, cubriendo a sus amigos con una metralleta, caminaba hacia atrás mirando a ambos lados para evitar sorpresas. Sinisterra y él se miraron un segundo a los ojos, aterrados, embrujado cada uno en la imagen del otro, y

⁴⁶ Giraldo Luz Mary. “Narrativa colombiana: búsqueda de un nuevo canon”. Bogotá. 2000. CEJA. Pág. 141-142.

Sinisterra esperó que el hombre lo encañonara y disparara. Pero González no pudo hacerlo. Detrás de la barba y el aspecto primitivo que tenía en frente, reconoció las facciones y la mirada amable y cordial de su antiguo jefe. Sinisterra, por su parte, recordó de pronto y violentamente todo su pasado. Fue como una tormenta, como una catástrofe cerebral que lo obligó a cogerse la cabeza con ambas manos. Sintió que llegaba al mundo por segunda vez, que nacía de nuevo en medio del asombro, la sorpresa y el miedo.

González bajó la metralleta, dio media vuelta y corrió hasta alcanzar la camioneta que lo aguardaba con el motor encendido.

Sinisterra se recostó en el interior de su carro de madera y tomó aire a grandes bocanadas, como si temiera ahogarse o perder el sentido. Se tranquilizó y después de unos minutos logró por fin esbozar una primera sonrisa. Sí, era cierto que su historia le parecía una pesadilla, una macabra fábula impregnada de dolor y sufrimiento. Pero había recobrado la memoria, ahora sabía quién era y por qué se encontraba en ese lugar, y eso le producía una inmensa alegría. (Mendoza, pág. 119-120).

Se reconoció. Nuestro héroe recordó quién era y sabía lo que ahora tenía que hacer. Su lucha dentro de los parámetros sociales del estado no había funcionado. Al contrario, la ciudad lo engulló, lo envenenó, lo engañó, lo maldijo y lo trastornó. Ahora que sabía quién era y que había abandonado toda exigencia social, sabía qué hacer. La justicia es una. Su lucha está contemplada en acabar con lo que lo exilio, así que con su memoria plena trabajaría en un plan para por primera vez enjuiciar a esa sociedad y esa ciudad impía e injusta.

Los escuadrones de limpieza social han sido creados por la necesidad absurda de la perfección y el orden. El Estado, la policía y porqué no, la escuela, son sistemas clasificatorios de orden que nos obligan a mantener un estándar para la regulación de todo: el pensamiento, el actuar, el desarrollo. En Cruz Kronfly vemos un ejemplo de lo que el nuevo nómada está obligado a vivir para mantener esos estándares.

La utopía social y política conduce ciegamente a la dictadura y al despotismo, en su búsqueda de la perfección que rechaza toda divergencia y trata al disidente como aún enemigo del propósito colectivo. Del mismo modo, la utopía de aquellos urbanistas que sueñan la ciudad como un todo coherente, “limpio” y ordenado, transparentemente planeado, donde cada lugar debe ser el resultado de un frío cálculo y cada cosa debe ocupar el justo lugar que un “plan” dispuso para ella, no se queda atrás en su despotismo. No obstante, el deseo de una ciudad “siempre mejor”, “perfectible” incesantemente, siempre estará allí y será la tentación de todos, empezando por los comerciantes inmobiliarios y aquellos que creen que siempre hay que estar quitando aquí y poniendo allá. Desde luego que también para la ciudad cada día trae su afán y cada nuevo automóvil requiere de su avenida. La ciudad, por lo tanto, hija y artefacto donde ponen sus manos las más diversas lógicas y racionalidades, ha sido vista también por la luz del deseo y la utopía⁴⁷.

En la actualidad, las antiguas casas están siendo derrumbadas, ya no sirven con el paisaje actual, gris y moderno del concreto; la madera, el barro y los techos de tejas naranjas ya no hacen parte de un paisajismo deslumbrante; se derrumban y convierten en edificios que albergaran familias sin vecinos, la convivencia y la rutina del día adía no permitirá que las familias crezcan pero sí que la urbe se modernice y los cielos esté acompañados de rascacielos vacíos y grises. Lo vemos en la actualidad con los nuevos barrios. Anteriormente los barrios estaban repletos de casas grandes, con terrazas y antejardines, acompañadas de grandes calles para poder compartir con vecinos de toda una vida. Esas casas que han sido arrasadas por agentes inmobiliarios, se han convertidos en torres

⁴⁷ Cruz Kronfly, Fernando. “Las ciudades literarias”. Revista Universidad del Valle. N.º 14 Cali: agosto, 1996. Pág., 11.

modernas de apartamentos u oficinas, donde la seguridad prima y su mayor característica es la conservación de lo privado por lo cual, los vecinos, tiendas de barrio, senderos de parques, están mandados a recoger. Los “nuevos barrios” vienen comandados por la hermética vida de apartamentos, donde la mayor característica es la altura y la soledad dentro de la multitud.

Volviendo a nuestro análisis, después del que el grupo de limpieza social hubiese atacado, Sinisterra después de haber recordado quién era, decidió que era hora de actuar. Su plan era entrenar a todos los recicladores que quisieran participar y con ellos, la justicia recobraría las vidas que se habían perdido. El grupo se llamaría “el escuadrón por la vida”.

Los acontecimientos de los días siguientes se presentaron rápidos, acumulándose unos tras otros sin darle tiempo a grandes reflexiones ni prolongados análisis. Tuvo que vivir atropelladamente, pasando de una acción a otra con agilidad y prontitud. De eso se trataba: había llegado el momento de actuar y de prepararse para sobrevivir. No permitiría que la Secta, en unión con los organismos de seguridad, los asesinara a él y a sus amigos como perros callejeros.

Reunió a los jefes principales del Cartucho y les propuso armarse. Si ellos estaban de acuerdo él haría los contactos con células de guerrilla urbana y conseguiría metralletas y revólveres para contraatacar en caso de una nueva “limpieza”. Los líderes aceptaron con la condición de que no se presentaran venganzas aisladas o retaliaciones que solo generarían más persecuciones y mayor violencia. Las armas se tendrían y se utilizarían solo en estricta y legítima defensa. Era una condición lúcida y sensata. (Mendoza, pág. 121).

El destino estaba por cumplirse. Nuestro detective no solo habrá conseguido desenmarañar los asesinatos de las prostitutas, también habrá logrado encontrar a los verdaderos responsables de los asesinatos, el por qué y las circunstancias que los llevaron a cometer tan atroces crímenes, no solo el de los asesinatos, también el suyo propio, el de todos esos seres que han sido marginados, abandonados, olvidados y que han sido convertidos en escoria social, en sujetos deplorables en los que no hay un presente, un paso y mucho menos un futuro. En palabra de Kronfly decimos: *la idea de la “perfectibilidad” humana y sus hechuras, tan propia de la mentalidad moderna, elevada incluso a la categoría de “axioma” indiscutible, cuando se aplica a la ciudad se convierte en punto de partida de la utopía urbana, de la ciudad como deseo incesante de otra cosa que todavía no es. Desde cierto punto de vista, la ciudad es por excelencia el objeto sobre el cual se inclina reverente el mito moderno del Progreso, del mismo modo como sobre ella se inclinan la ciencia y la técnica, hijas suyas, bajo la forma de la ingeniería y la matemática. Pero mientras la ciencia y la técnica se realizan en escenarios ocultos a la mirada del hombre del común y quizás para él solo accesibles a través de los medios masivos de información, en su deslumbramiento, y a pesar de que de ellas solo se conozcan y disfruten sus aplicaciones más o menos comerciales, en cambio la ciudad como “artefacto” visible” se “perfecciona” ante la mirada de todos, públicamente, y su proceso de cambio cotidiano suele ser visto a la luz del axioma del progreso como un proceso positivo de mejoramiento continuo del que las masa se sienten ufanas⁴⁸.*

La búsqueda de la perfección siempre lleva sus condiciones. En la novela, la idea del “grupo de limpieza social” conlleva la falta de tolerancia que nos falta. La ciudad, en su

⁴⁸ Cruz Kronfly, Fernando. “Las ciudades literarias”. Revista Universidad del Valle. N.º 14 Cali: agosto, 1996. Pág., 11-12.

necesidad de progreso y belleza trae consigo la alienación, la intimidación y la violencia. Vemos cómo en la novela, los grupos sociales más importantes (religión, política, ejército, etc.), son los que finalmente destruyen, cambian, transforman, vulneran y finalmente asesinan, aquellos que por razones ajenas, no entran dentro del círculo social al que está permitido dentro de la ciudad. La razón por la que la población civil se enfrenta uno a uno, es sencillamente la lucha de poder. Todos tenemos un precio, es la venta de almas terrenales más barata que hay. Si quieres ascender, cambiar tu forma de vida, conseguir un mejor empleo, abandona tus sueños; el dinero, la vida moderna, el estatus social, las marcas, los estándares con los cuales hemos sido criados, serán la respuesta a inclusión social, si no tienes, no vales; la educación, los valores, la beneficencia, la ayuda social ha quedado atrás o se hace solo por un reconociendo. Pero para Sinisterra, eso ha quedado atrás. Él mismo se lo ha dicho a Zelia, a quien ha vuelto a buscar para solicitarle un último favor, el más especial: el reconocimiento del amor; le ha dicho que no tiene a nadie, no tiene familia, así que entendemos que la búsqueda de la justicia va a estar enmarcada sin interés alguno, es una lucha entre el héroe y su destino, es un viaje sin retorno como el de Ulises, comandado por él mismo, con aventuras y esperando siempre ver a lo mejor el humo que sale de las casa en que se cocina al llegar a su Ítaca. En esta obra nadie espera al protagonista, aquí no hay ninguna Penélope, pero la fe y la esperanza de cambiar a un mundo mejor, a una ciudad más humana, es la respuesta a las necesidades que muchos tenemos: la humanidad necesita una lección y que mejor que hacerlo defendiéndose de ella misma.

La entrevista con Zelia lo había tranquilizado. Necesitaba en lo más íntimo de sus afectos que Isabel supiera la razón de su ausencia y que no había dejado de amarla no de anhelarla a su lado. No le importaba morir en su enfrentamiento con la gente de la Secta,

siempre y cuando Isabel estuviera enterada de la fuerza y la dignidad de su pasión por ella. Cumplido ese deber, su única preocupación era repeler con éxito el siguiente ataque de González y sus hombres. Por eso revisó mil veces las azoteas del sector donde había colocado dos francotiradores de las seis de la tarde a las seis de la mañana; repitió hasta el cansancio el plan de cerrar los posibles puntos de salida del automóvil en el que llegarían los asesinos; les advirtió por enésima vez a los dos individuos que estaban a la entrada del callejón que era preciso disparar apenas se bajaran del autor para impedir, en la medida de lo posible, que ellos alcanzaran a matar siquiera una persona. (Mendoza, pág. 123-124).

Su necesidad será la de dejar todo organizado, es como quién ha contemplado la idea de la muerte. Organiza todo de tal forma que no quede cabo suelto. Lo único y más valioso que le queda es Isabel, necesitaba su perdón y también necesitaba dejarle a ella la verdad, no el abandono, el desamor y la tristeza con la que la vio partir al mentirle.

Ya todo estaba hecho. El plan había salido a la perfección y la emboscada había salido perfecta. La gente de González no habían podido atacar ni contraatacar, pero sin embargo, los medios y todo lo manipulable han puesto de su parte para que la violencia y la demostración de justicia se vean de manera horrorosa y cruel, como un atentado ante la “justicia social”, lo contrario a lo que nunca se muestra en los medios por grupos que realizan limpieza social.

La noticia de los policías asesinados cobardemente en el centro de la ciudad fue registrada en diarios y noticieros de televisión. El DAS (Departamento Administrativo de Seguridad) y los servicios especiales de inteligencia dijeron que ya tenían pistas y que semejante crimen no quedaría en la impunidad. Le pidieron a la ciudadanía solidaridad y apoyo porque, según ellos, lo que estaba en juego era la solidez de las instituciones de defensa del Estado. La acción fue considerada un atentado a la Nación y una vergüenza más que empañaba la conciencia de los colombianos. Fueron entrevistados políticos de conducta moral intachable, hubo debates

públicos sobre la situación de la violencia en el país y la Iglesia emitió un comunicado en el que condenaba el salvaje asesinato de unos servidores públicos que habían muerto en el fiel cumplimiento de su deber. (Mendoza, pág. 125).

El poder del Estado es el orden en la ciudad. El Estado es el ente administrador de una ciudad que consume, transforma, margina y absorbe al sujeto. Entre más formas haya de sacar provecho, el individuo cada vez será más marginal o por el contrario, siguiendo de manera reiterativa las normas sin problema alguno, la ciudad aceptará y acogerá a ciudadano como su hijo no sin antes esperar algo a cambio.

Kronfly nos lo muestra en una forma de abandono de casi aceptación, donde nos conformamos con lo que nos toca, pero realmente, esa conformidad y comodidad es la que nos lleva a ser más consumidos o alienados dentro de esa ciudad.

Las calles son ahora todo menos un lugar de encuentro, salvo pequeños y marginales nichos que aún resisten pero que están a las puertas de ser demolidos y barridos por la ola. “...De manera gradual, sin darnos cuenta casi, hemos renunciado a la calle. No es ya un lugar de convivencia o de encuentros; es, más bien, el precio que pagamos por llegar de una casa a otra. Nos hemos resignado a que sean feas, duras e inhóspitas. Nos parece la consecuencia de un proceso oscuro, vasto e incontrolable. El misterio es el refugio de la indolencia...” “... Un mal poema implica un mal poeta, un relato defectuoso supone un escritor inhábil y un cuadro bobo nos hace siempre pensar en aquel pintor. Una ciudad deshecha remite, por el contrario, a múltiples autores: arquitectos avaros, funcionarios complacientes, especuladores, ciudadanos sumisos y fraccionarios disfrazados de

*urbanistas. Personajes activos, termitas infatigables que trabajan, roen, desde hace años*⁴⁹.

La guerra estaba declarada. La ciudad no dejaría que ese primer ataque quedara impune más sabiendo aún que la comandancia la llevaba Leonardo Sinisterra. Se estaban armando y llegarían con más violencia, más dolor, más muerte; todo estaba previsto para atacar nuevamente la Zona, Sinisterra nuevamente iba a preparar a su ejército, con tan mala suerte que esta vez los resultados no iban a ser los mismo; la ciudad terminará por ganarle esta partida a nuestro protagonista pero él mismo ayudará a que su muerte no sea en vano.

Como si fuera una especie de mesías, entenderá que la ciudad y la vida que tiene que salvar el la propia, su lucha será contra una vida que vivió sin propósito alguno, recorriendo las mismas calles todos los días, controlando lo incontrolable, respirando sin sentido y excluyendo lo prohibido.

Llegaron una noche a la Ciudadela de Cartón en cinco camionetas blindadas y masacraron familias desarmadas de recicladores. Dispararon a quema ropa sobre niños y mujeres, quemaron las míseras viviendas que encontraron a su paso y al término de la orgía de sangre y destrucción buscaron un poco de diversión: amputaron dedos y orejas de las víctimas en medio de chistes y carcajadas. Sobrevivieron siete personas de cincuenta y cuatro que conformaban el grupo de base. Los medios de comunicación emitieron una nota breve y fugaz sobre ajusticiamientos entre bandas del crimen organizado en el sur de la ciudad.

⁴⁹ Rossi, Alejandro. *"Manual del distraído"*. Monte Avila Editores, Caracas, 1987, pág. 27.

En el entierro de las víctimas en fosas comunes del Cementerio del Sur, los jefes del Cartucho le pidieron a Sinisterra que se retirara de la colectividad de recicladores. Habían enterrado las armas y preferían volver a su situación anterior. Sinisterra entendió lo que le estaban solicitando y no se ofendió por ello. Antes bien, le pareció sensato y comprensible dado el punto al que había llegado el enfrentamiento. Había sido un iluso y un irresponsable. Promover una lucha de vagabundos y desharrapados en contra de instituciones militares estatales era un completo disparate. Ese mismo día cogió las dos o tres cosas que poseía, hizo una mochila que se echó al hombro y se despidió de la tribu. No sabía qué iba a hacer ni dónde iba a vivir. Era seguro que la Secta se enteraría de su partida y, al menos por un tiempo, dejaría en paz a la gente del Cartucho. (Mendoza, pág. 126-127).

En las Ciudades Literarias, en su apartado de *la ciudad como espacio cultural del crimen*, nos deja ver cómo la violencia hace parte de las ciudades a partir de Fin de Siglo, y cómo hace parte de la cotidianidad y vida del la ciudad y sus habitantes. *Estas ciudades, caracterizadas por una complejidad sin antecedentes, abigarradas, en muchos casos empobrecidas y tan supremamente conflictivas del Fin de Siglo, capaces de albergar en su globalidad bastante esquizofrénica y ciertamente desgarrada no solo la ausencia y la crisis del sentido sino la desesperanza, la diversidad conflictiva, la sensación de vacío y de insignificancia anónima y la pluralidad casi siempre intolerante, han quedado convertidas e privilegiados espacio cultural del crimen como realidad pero, sobre todo, como espectáculo cultural que forma parte ahora y de qué manera privilegiada del menú “masmediático”. Los emigrantes de todos los órdenes que la ciudad recepta gracias a sus encantos y a la promesa ofertante de sus abundantes oportunidades, provenientes de la*

ruralidad desintegrada dentro y fuera de las fronteras de cada país, así como también de la fuga y el desarraigo causado por las distintas guerras nacionales e internacionales, el desempleo nacional e internacional y la marginalidad mundial, producen en las complejas ciudades del Fin de Siglo de este modo planetizadas un demencial abigarramiento de razas y culturas capaz de triturar por completo la idea una “verdad” uniforme y única que opere como un “aglutinante” común para todos sus habitantes. Con lo cual lo que viene a instaurarse allí es el reino de la multiplicidad de las “verdades” en competencia, muchas de ellas empujadas a la marginalidad, el reino del conflicto y la fragmentación, es decir, por esta vía el reino de la anomia y el crimen como salida o gesto de afirmación o de supervivencia⁵⁰.

Lo que demuestra la lucha constante no solo de nuestro protagonista, sino de los habitantes en general de esa búsqueda de la verdad, aquella que por así decirlo, los ayuda a encontrar la reconciliación y el perdón. Las guerras, la violencia, las peleas callejeras y las discusiones familiares, son todas en función de algo: la verdad. El poder de establecer en el otro el pensamiento y la opinión, es lo que genera violencia. El respeto por las creencias, modos de vida y pensamiento, no está permitido dentro de la sociedad, y por ende, dentro de esta ciudad que viene siendo vigilada y controlada por pequeños grupos de poder a su conveniencia y necesidad.

Sinisterra se encuentra ya en el final de su aventura. Su destino está a punto de cumplirse y su vida y muerte estarán marcadas por el olvido y la desesperanza. La ciudad ha ganado esta partida, pero en lo que respecta a la vida de nuestro protagonista, él fue el gran

⁵⁰ Cruz Kronfly, Fernando. “Las ciudades literarias”. Revista Universidad del Valle. N.º 14 Cali: agosto, 1996. Pág., 19.

triunfador. Logró esclarecer sus actos, rectificarse y comprender a cabalidad lo que significa ponerle peso a la vida. El héroe logró salir de los círculos infernales de su vida y contempló una vez más, la vida en la tierra. Su peso en tierra había disminuido y, en palabras del Apóstol “su levedad” era más que necesaria.

Por último cito a Cruz Kronfly sobre el orden en la ciudad y la lucha que asecha el día a día. *La presencia de múltiples “verdades” raciales y culturales coexistiendo a la brava y compitiendo cada una por lo suyo dentro de un espacio tan restringido como lo es la ciudad, es un hecho que lo relativiza todo, lo pulveriza todo en términos de un anhelado “orden” global y en términos de la interiorización de normas “únicas” para el uso de la ciudad, debidamente legitimadas para todos. La ciudad deviene entonces en un espacio superconcentrado donde compiten codo a codo culturas y razas que arrastran como ropa sucia la memoria de pasados despojos, humillaciones, marginales y exclusiones, cuentas por cobrar y rabias históricas reprimidas, en la mayoría de los casos no siempre llevadas a cabo por las primeras generaciones victimadas, sino casi siempre por sus descendientes, en quienes las cuentas por cobrar y las rabias históricas suelen salir a flote cargadas ya con toda la fuerza de su fermento, sin dirección determinada y expresadas “en abstracto” y contra todos, es decir, contra la humanidad o alteridad en general y por cualquier motivo⁵¹.*

⁵¹ Cruz Kronfly, Fernando. “Las ciudades literarias”. Revista Universidad del Valle. N.º 14 Cali: agosto, 1996. Pág., 19-20.

Su vida fue solitaria, su muerte también lo fue. La desesperación, el dolor y el olvido, lo acompañó hasta el último día de su vida. La violencia de la ciudad lo invadió y lo marginó hasta lo más profundo de las cloacas de la ciudad, en este caso, una alcantarilla. Su dolor a nadie le importó, sus gritos no fueron escuchados, su desesperación no pudo ser controlada y sus heridas no pudieron ser sanadas más que por su quietud, encierro y muerte, y así, nuestro gran héroe, vigilante social, escudero político, marginal, loco, militante pordiosero, fue olvidado y abandonado en lo más profundo de la ciudad donde lo que no sirve siempre será descartado.

Sintió el duro choque contra el piso, perdió el aire y todo desapareció de improviso. Recobró el sentido a los pocos segundos y notó que no podía incorporarse. Se había roto la pierna derecha, el hombro izquierdo lo tenía desencajado y el brazo derecho lo tenía destrozado a la altura del codo y de la muñeca. Miró hacia arriba con la esperanza de que la tapa de la alcantarilla hubiera quedado al menos desplazada de su posición inicial, pero el movimiento no había sido suficiente como para impulsarla hacia uno de los lados. Aun así gritó, pidió ayuda con la ilusión de que alguien allá arriba escuchara sus demandas de auxilio y lo rescatara de las profundidades. Fue en vano. Se acercó a la escalerilla con el anhelo de poder ascender por tramos, con largas paradas entre un escalón y otro, pero era imposible: el dolor lo doblegaba y el cuerpo no le respondía.

Leonardo Sinisterra estuvo así, tirado en un rincón de las criptas del subsuelo de la ciudad, durante muchos días con sus noches. Tuvo accesos de pánico, lloró y suplicó un final menos aterrador y más decoroso. El hambre y la sed lo debilitaron hasta convertirlo en un cuerpo inmóvil con la mirada fija en el vacío. En sus últimos accesos de lucidez pensó en Isabel, en cuánto le hubiera gustado compartir a su lado una vida de amor y de amistad. La veía sonriente, soltándole el cabello en un atardecer rojizo acariciado por una brisa suave y delicada. Después las alucinaciones y el embrutecimiento le impidieron pensar o imaginar razonablemente. La muerte le llegó como una bendición, como un soplo de alivio que lo liberaba de una existencia que se había convertido en una pesada carga cuyo desenlace era en realidad una humillación y una tortura. Vio una luz blanca que se acercaba a él y lo cobijaba con candor y ternura. Cerró los ojos y se dejó colmar por esa luminosidad plácida y maternal. (Mendoza, pág. 133-134).

CONCLUSIONES

Una historia donde la ciudad es atravesada en varias de sus capas, como un viaje al interior de una cebolla. Un inspector, crímenes religiosos medievales camuflados en busca de poder, vagabundos y nómadas prehistóricos viviendo de los desechos, y al fin las cloacas de la ciudad como lo más íntimo, como el inconsciente donde luyen y habitan las materias prohibidas de la ciudad. (Mendoza, pág. 143).

Scorpio City es una novela que convierte lo cotidiano urbano en narrativa intelectual. Su desarrollo está permeado por la atmósfera de una ciudad que contiene a sujetos urbanos de diferentes rangos, que luchan por poderes de diferentes clases. Este ciudadano ha sucumbido al “orden caótico” de la ciudad tercermundista que se manifiesta de manera simbólica en un laberinto: calles sin forma alguna, largas, cortas, algunas ciegas, otras con salidas, de manera desordenada y coloridas, sucias y peligrosas; así es como se ve a Bogotá: un laberinto donde habitan millones de minotauros.

En la novela, hay un sinnúmero de seres, ciudadanos buscando una salida, una verdad y viajan por medio de la urbe de manera cotidiana buscando un sentido, un espacio a donde pertenecer, donde ser y donde creer. Leonardo Sinisterra, está a cargo de la investigación de los asesinatos que han ocurrido en la zona de tolerancia de nuestra ciudad laberinto. La novela nos lleva por ciertos espacios de Bogotá, pero el centro es el epicentro de la acción, es donde se desarrollan las acciones más pasionales de nuestra sociedad.

Logramos ver cuán complejas son las relaciones que tienen lugar en la ciudad y sus nodos. Del mismo modo constatamos que no hay una identidad diferente para el ciudadano, el cual

parece reinventarse permanentemente. La percepción de ambos elementos está condicionada, además, por nuestro propio sistema, por tanto, la voz que brota de los espacios urbanos es extremadamente móvil. Por un lado, la ciudad cambia y por otro nuestra manera de representarla también lo hace. Esa inestabilidad de los sujetos ciudadanos parece ser su principal característica.

También vemos que la experiencia de vivir en una especie de collage imaginario donde podemos encontrar la satisfacción de nuestras necesidades más exquisitas nos puede hacer perder, al mismo tiempo, nuestras relaciones más humanas.

En la novela se ven claramente los aspectos del poder político. Evidenciamos que la novela sirve como crítica al Estado. Precisamente, incluir o llevar a la novela dentro de la atmósfera más oscura, en este caso, el centro de Bogotá y las zonas de alta tolerancia, hacen que se encamine siempre hacia una realidad atemporal. No solo se trata de dar con el paradero de un asesino o de encontrar o hallar una verdad que justifique y de razón de ser a los asesinatos que afectan nuestra ciudad laberinto. Los medios de comunicación: periódicos, canales televisivos, noticias, etc., denotan un poder altísimo que puede llegar a enaltecer cualquier circunstancia o, en nuestro caso, derrumbar y hacer caer en lo más profundo de los círculos del infierno a caminantes activos de nuestra ciudad.

También identificamos la búsqueda de la verdad. La verdad es un tema que llevamos a cuestas en nuestro diario vivir. Todo el tiempo buscamos la verdad en nuestra realidad. Somos detectives de tiempo completo. Desde las noticias, periódicos, emisoras, redes sociales y comentarios del común, buscamos la verdad. La enseñanza colegial está basada en los caos, en la búsqueda de lo verdadero, lo verificable, lo existente, pero ¿qué hay de lo

que no vemos?, ¿qué hay de lo que sabemos que existe pero lo rechazamos por miedo a la realidad? Es una pregunta a la actividad diaria. Las imágenes que presentan en los noticieros y reportajes, vidas de niños con hambre, violencia, mujeres golpeadas, hombres asesinados, engañados, torturados. La realidad la cambiamos de canal, se la enviamos al vecino y la pasamos de ciudad, país o continente, no la enfrentamos. Enfrentarla es vivir la ciudad como nuestro detective, es caminarla, investigarla, olerla, vivirla, descubrirla. Caminar por los pasajes del centro, comer en los restaurantes icónicos dónde el olor a comida sale por las puertas; sucumbir en esos mundos de violencia, de sudor, de suciedad, basura y sexo; enfrentar la realidad antes de que ella nos atrape es lo que Leonardo Sinisterra vivió en la narración.

Bogotá es fuente de lectura, de saberes, vivencias e investigación. El objetivo principal era involucrar tanto como fuera posible al personaje principal con la ciudad, de tal forma que no solo se analizara y se encontrara la forma de desenmarañar los casos de Sinisterra, sino que fuéramos capaces de ver que la capital, Bogotá, es un objeto trastornador de un sujeto, de un hombre que vive, convive y sobrevive dentro de los círculos de esta ciudad que habita al mundo. (Mario Mendoza, Scorpio City).

También encontramos que hay una relación que nos ayudó a identificar lo interior con lo exterior, lo privado con lo público y que con ella pudimos identificar a los dos protagonistas: Bogotá y detective que se convirtieron y transformaron el uno en el otro a medida que alguno de los dos daba un primer paso. Esto quiere decir que somos objetos con cualidades privadas de acuerdo al cuadrante donde estemos (casa, oficina, automóvil) que al mismo tiempo, se encuentra dentro de un espacio público llamado ciudad y la cual convertimos en objeto privado al posesionarnos como ciudadanos de ella, “soy bogotano”,

y nos convertimos en sujetos públicos simplemente al salir a la calle. La dualidad de esta relación la vivimos cuando consideramos a la ciudad como espacio público y se convierte en espacio privado al identificarnos como “bogotanos” y somos seres públicos con el simple hecho de participar de la fiesta, de la convivencia, de lo que Bogotá y sus calles traen para nosotros diariamente.

Los símbolos religiosos y esotéricos como el Apóstol, Zelia, el Astrólogo y la secta, representan el poder en la sociedad. También lo más bajo, lo inmundo. Cada personaje ayuda a que Leonardo Sinisterra sea empujado al hades y después, ya transformado, se convierte en un héroe. A pesar de que su muerte no ha sido de manera heroica, los sucesos que lo llevaron a ella, el manicomio y la guerra interna, lo llevaron a cumplir un fin; el primer y único suceso real de su vida, el cumplimiento de su destino.

Concluimos exponiendo a la ciudad. Demostramos que es un sujeto activo, vivo, que viaja con nosotros, nos lleva dentro de sus caminos, nos atrapa, nos enferma, nos intoxica y nos mantiene pasivos en sus entrañas. Sinisterra fue una víctima más. Su vida trascendió porque buscó la verdad; no quiso aferrarse a lo que la realidad le ofrecía, sabía que su camino estaba en la revolución se ser y en el cambio social.

Los elementos que analizamos dieron fuerza al trabajo. De manera objetiva mostramos el proceso de su transformación. Vivimos y conocimos a un ciudadano común, con un empleo, una forma de vida y una rutina. Vimos como los personajes que lo acompañaron en este viaje fueron también tocados por su búsqueda; sus vidas cambiaron, algunos perdieron su libertad, otros fueron asesinados, pero en su mayoría, Leonardo Sinisterra los enfrentó

no de manera violenta e irracional, los enfrentó con su cambio, mirándolos a los ojos y despojándose de toda trivialidad; su libertad y su búsqueda de justicia le brindó la tranquilidad de morir en una alcantarilla por causa de una fractura.

Aunque muy poco se supo de aquel hombre, de aquel cadáver, la historia se contó y, como Ulises, trascendió por medio de los narradores: su viaje al hades, su transformación y su renovación en guerra fue motivo de escritura y ahora Bogotá ya no será la misma, ni siquiera en sus cloacas.

BIBLIOGRAFÍA

Cruz Kronfly, Fernando. Pensar la ciudad. Las ciudades literarias. Bogotá: T.M. Editores, 1996.

Cruz Kronfly, Fernando. "Las ciudades literarias". Revista Universidad del Valle. N.º 14 Cali: agosto, 1996.

Delgado Manuel. El animal público. Barcelona: Anagrama, 1999.

Giraldo Luz Mary. Ciudades escritas. Bogotá: Convenio Andrés Bello, 2004.

Giraldo, Fabio. Viviescas, Fernando. (Compiladores). Pensar la ciudad. La política del ser. Bogotá: TM editores, 1996.

Mendoza, Mario. Scorpio city. Bogotá; Editorial Planeta, 2014.

Rossi, Alejandro. "Manual del distraído". Monte Avila Editores, Caracas, 1987.

Salmona, Rogelio. Pensar la ciudad. La poética del espacio (I). Bogotá: TM Editores, 1996.

Silva, Armando. Imaginários urbanos. Arango Editores. Bogotá, 2006.